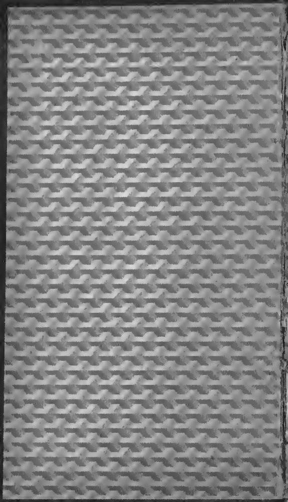
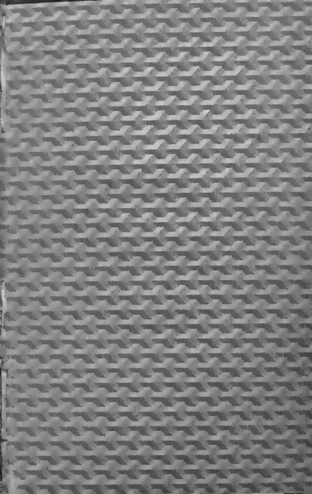






LA BRUJA,

ó

CUADRO DE LA CORTE DE ROMA.

EN LA IMPRENTA DE GAULTIER-LAGUIONIE,
Calle de Grenelle-St-Honoré, n. 55.



A. de S. Inv

... se pusieron á los lados dos estantiguas, abrió e la pared y por la hendedura entré una como procesion de personages difuntos

LA BRUJA,

Ó CUADRO

DE LA CORTE DE ROMA.

NOVELA

HALLADA ENTRE LOS MANUSCRITOS DE UN RESPETABLE TEÓLOGO, GRANDE AMIGOTE DE LA CURIA ROMANA,

POR

DON VICENTE SALVÁ.



PARIS,

EN LA LIBRERIA HISPANO-AMERICANA,

DE LA CALLE DE RICHELIEU, N. 60.

1830.

DOS PALABRITAS

DEL EDITOR.

Hay cosas que le parecen á uno de encanto, por mas que las vea por sus ojos y las toque con sus manos. Un buen eclesiástico, muy amigo mio, tuvo la suerte de morirse pocos meses hace, porqué de

viejo, como él solía decir, no se puede pasar; y me hallé con que me había nombrado su albacea testamentario. No tardé muchas horas en hacerme cargo de su dinero y ropilla, por tener poco de ambos artículos; pero no sucedió lo mismo con sus libros y manuscritos. Me prometía hallar en estos muchas disertaciones y tratados polémicos sobre los diversos ramos que abraza la teología, y aun algunos sobre la lengua española, que había estudiado toda su vida con particular aprovechamiento; y en

efecto no me engañé, si bien me sorprendió su número, no obstante que me eran muy conocidas su aplicacion y laboriosidad. Mas al tropezar con uno de letra suya, que llevaba el título de *novela*, me restregué una y mas veces los ojos, por si era un sueño; y hechas todas las diligencias para asegurarme de que no me equivocaba, conocí que era un juguete, con que había aquel respetable anciano endulzado en algunos ratos los trabajos de la emigracion. Dentro del cuaderno encontré

ademas una notita de su puño que decía : *Encargo á mi albacea, que haga el uso que bien le parezca de este entretenimiento senil; pero si cree útil su publicacion, le ruego que no lo retoque, sinó que lo dé á luz cual yo lo he escrito, porqué no quiero que me cuelguen otros aciertos ni errores que los mios.*

Guardé mi manuscrito, y habiéndome trasladado á esta capital á fines de mayo del presente año, pensé desde luego en imprimirlo, por el bien que podía resultar á

toda la cristiandad de conocer los abusos de la corte romana; abusos tan añejos y de tanto bulto, que como lo espuso graciosamente Bocaccio en la novela segunda de la primera *jornada*, obraron mas que ninguna otra cosa la conversion del judío Abran, el cual confesó á su amigo, que reconocía un orígen divino en la religion cristiana, cuando subsistía á pesar de las picardías, infamias y maldades de sus principales gefes, los papas y sus cortesanos. Sin embargo una persona á quien comuniqué mi de-

signio é hize ver la obra, me observó, que tendría disgustos de consecuencia cualquiera que se atreviese á publicarla en Francia. Vd., me añadió con el tono franco de la amistad, que está en dias de gracia, admitido por poco tiempo y perfectamente observado por la policía, debe contar de seguro con ser espulsado, tan luego como salga á rodar la *Bruja* por esos mundos. — Retúvome esta juiciosa reflexion, y quedé aguardando que un ministerio ménos fanático cortase las alas al jesuitismo que iba

tomando un rápido vuelo, ó bien que amaneciese en Francia una aurora mas favorable á la libertad. Las persecuciones que poco tiempo ha sufrieron algunas personas por hechiceras en esta ilustrada nacion, hacían ver, que el gobierno deseaba ardientemente renovar los *autos de fe*, y sumergir el pais de los Bossuet, los Fléuris, los Fenelones, los Montesquieu y los Voltaires en el cáos de barbarie é ignorancia de los siglos medios. Afortunadamente *la gran semana del pueblo*, segun la feliz espresion de

Lafayette, ha puesto en evidencia á los mas obcecados, que bastan pocas horas para derrocar las instituciones y los gobiernos que no caminan acordes con los progresos de la civilizacion. La presente generacion francesa, reuniendo en sí el valor y denuedo de los tiempos heroicos, la generosidad de los siglos caballerescos, y la sabiduría é ilustracion de nuestra era, se ha lanzado inerme en la arena contra sus opresores prevenidos y armados, los ha vencido, los ha perdonado; y enfrenando su ardor, en el mo-

mento mismo de alcanzar la victoria, se ha entregado pacíficamente á consolidar su felicidad y la de sus nietos por medio de instituciones sabias, prudentes y libres. Tal es el ruidoso acontecimiento á que debe su publicacion la *Bruja*, escondida hasta hoy en un rincon, temerosa de sufrir el anatema que contra las de su clase fulminaban clérigos pérfidos ó ilusos.

Volviendo ahora á tratar de su contenido; yo bien sabía que su autor no miraba de buen ojo á los se-

ñores de la cancillería pontificia, ni á sus fautores los tricornígeros de la Compañía; que si le robaban algun libro, ó la criada le condimentaba mal su triste puchera, lo atribuía todo á conspiracion jesuítica; y que llegaba á creer que había verdaderos duendes de sotana corta, que atentaban de continuo á su bien estar y á sus dias; pero nunca pude figurarme, que acostumbrado á estudios graves, en medio de mil privaciones, y con una edad muy avanzada, le quedase humor para enristrar la pluma contra

la corte romana, dándonos una produccion ingeniosa, algo parecida al *Diablo cojuelo* de Vélez de Guevara en lo festivo, y mucho mas en la pureza y nervio del lenguage.

Habría yo querido ciertamente que la *Bruja* fuese ménos erudita y que no hablase tanto latin; pero no pudiendo faltar á la última voluntad de su autor, porqué no las quiero haber con las ánimas del otro mundo, he traducido al pié todos los latines, para que los entienda el lector lego; con cuyo ar-

bitrio ha quedado íntegro el testo y respetado el encargo de mi amigo.

Si allá en las regiones etéreas, donde sin duda está gozando del reposo debido á sus virtudes, es dado á los bienaventurados tomar parte en los sucesos de los mortales que fueron sus hermanos; su alma se complacerá, llena de celestial júbilo, en la breve, sabia y feliz revolucion francesa, que anuncia siglos de paz y de libertad á toda Europa. Este cuadro pasmoso no le impedirá con todo convertir su

atencion por un momento al recuerdo de los que se han gloriado de ser sus amigos, y entónces verá en la escrupulosidad con que ejecuto sus órdenes, al dar á luz la *Bruja*, el tributo mas puro de mi respeto á sus insinuaciones.

PRÓLOGO.

Alborotadas andan las brujas, cuando los inquisidores dan gracias á Dios. Pues, qué hay brujas? Sí, que no las habría. De nuestro tiempo es la monja á quien formó causa la Inquisicion de Valladolid, *por volar* y *otros escesos*. Muchas veces se ha repetido la victoria que consiguió el zelo del Santo Oficio contra las bue-

nas alhajas de Zugarramurdi. A fe que bien les andan ahora en Francia á los alcances. ¡Y se estraña que clamen los apostólicos de la Península, porqué vuelvan á su antiguo estado los quemaderos! ¿Qué saben de religion, ni de zelo por la religion esos enemigos del altar y del trono? Obstinados en su incredulidad, sueltan la taravilla, y dale que dale que no hay brujas; y al que se descuida en referir sencillamente algo sobre untos, ó vuelos, ó zambras

nocturnas por los aires, le ponen de oro y azul: unos que es frances, otros que es iluso, ó fanático, ó que trae colgada la venera de familiar.

Pues, señores mios, los que leéis ú oís leer este libro; yo que soy su autor, en buena hora lo diga, no soy frances: y ¿cómo había de serlo, si nací en el Toboso junto al palacio de Dulcinea? De iluso no tengo un pelo; y prueba de ello es, que leo á todo pasto la *Moral* de Busembaum, ilustrada por Liguorio, y las revela-

ciones de la sierva de Dios Margarita Alacoque. Huyendo del fanatismo, me agregué á los congregantes de la Compañía de Jesus que andan ahora por la Mancha, y llevo mi escapulario perpetuo como jesuita de sotana corta. De inquisidor acaso me habrá quedado alguna reliquia de los dos años que lo fuí de las bolsas de mi lugar, siendo alcabalero.

No habiendo pues quien pueda echarme en cara ninguno de los arrequives que, á juicio de estos nova-

dores, se necesitan para creer en brujas, estoy autorizado para asegurar que las hay, y que tuvieron razon los inquisidores para achicharrarlas, y la tienen los franceses para cazarlas. Y esto no lo escribo ahora por venganza ni mala voluntad; que á mí no me han hecho agravio ninguno las tales brujas, sinó un gran bien, aunqué por un medio no muy limpio y que me costó mi dinero; de lo cual me pesa como buen manchego y fiel cristiano. Pero no trato ahora de ha-

cer penitencia de la tentacion en que caí, sinó de probarles á esos testarudos incrédulos, que no se han estinguido ni agotado las brujas; que es el tema de mi sermon.

Un ojo diera porqué al rededor del que va leyendo este prólogo, formasen coro todos esos críticos presumidos. El que mas y el que ménos saldría dándose golpes de pechos, y diciendo : acúsome, padre, que yo soy el iluso. Por si hubiese alguno de estos señores en mi auditorio, voy á

pedirle un solo favor, y es que me oiga sin preocupacion como á un historiador honrado, que le viene de casta no vender gato por liebre. De mi quinto abuelo fué catedrático el verídico Cide Hamete Benengeli, cuando andaba catando vinos por las bodegas de Valdepeñas. Y si no alcanzase esto á recomendar mi ingenuidad, apelo á la escuela de las restricciones mentales que hay en uno de mis colegios.

El único *pero* que tiene mi cuento,

y lo confieso yo sin ser puesto en tortura, es ser algo pesado. Pero, queridos mios, ¿sería justo que me dejàse yo en el tintero la tercera ó cuarta parte de lo que me hizo ver mi bruja por estos ojos que ha de comer la tierra? Eso de destripar cuentos, lo aborrezco de muerte. No destripo el mio por cuanto hay en el mundo: íntegro lo ha de tragar el que quisiere; y el que no, esté seguro de que va á perder un buen rato. Hay en él ocurren-

cias raras, y no oidas ni aun soñadas por Patíllas. Apostaría ciento contra uno, que el que llegue á digerir un par de hojas del curioso romance, no le suelta de la mano, y repite lo que el bendito fraile que apuraba la taza del vino de Málaga, y decía: *hasta verte buen Jesus*, y era el que estaba pintado en el fondo.

LA BRUJA.

NOVELA.

Estaba yo una noche de este setiembre sentado en mi cama leyendo, como acostumbro para conciliar el sueño, la historia general del mundo. Tocábale el turno de esta lectura al tomo que trata de la Roma moderna. Cuando me hallaba mas engolfado en aquel *mare magnum* de acontecimientos estupendos é increibles, sin llamar á la puerta,

y sin decir, éntrome acá que llueve, ni pasarme esquela de aviso, ni hacer diligencia ninguna previa de las que se estilan entre gente de buena crianza; se me puso delante un espantajo, que á mí me pareció la vieja que decían en mi pueblo haber engañado á san Anton. Si he de decir la verdad, me sobresalté, y algo mas, porqué se me pusieron los pelos tan altos. Un poco se me resiste esta confesion; pero ó es historia, ó no es historia. El historiador ha de ser ingenuo: la verdad por delante; y sobre todo, no la hagas, y no la temas.

Quién eres? le pregunté despavorido: ¿y qué aires, te traen por aquí entre gallos y media noche? Me han avisado en mi junta, contestó, que estás leyendo los embelecos y patrañas, que cuenta de Roma ese libraco, y vengo á facilitarte

el medio de que ahora mismo, sin trabajo ninguno, veas por tus ojos lo que ha sido esa corte en los últimos siglos, y lo que es ahora.

Eres muger, ó demonio? dije: ¿cómo puedo ver yo eso desde mi tugurio, y cuando todo el mundo está durmiendo á pierna tendida? Escusemos gastar saliva, replicó la vieja: ó quieres, ó no quieres. Si no quieres, negocio concluido; pero si te diere ese antojo, es cosa hecha. — Asaltáronme de sopeton un torbellino de dudas, de terrores, de remordimientos. — En mi vida he pretendido nada, le dije, por arte de birli birloque. Con ese caballero, contestó, no tengo yo trato, ni siquiera le conozco de vista: toda mi ciencia está reducida á esta redoma. — Llevábala sin duda en la mano, pues al punto me la mostró,

y era por cierto negra como si estuviera llena de tinta. Hay en ella un bálsamo, prosiguió, que con solo dejarte untar las sienes y los estremos de los dedos, en un santiamen podrás correr siglos y miles de leguas, y andar por los aires, no como esos de los balones, á la merced del norte ó del solano, sinó con viento ó con calma, con la ligereza del pensamiento, y lo que es mas, meterte por entre las gentes donde quiera, sin que nadie te veá el pelo.

Y despues de andado tan largo camino, le pregunté, ¿cuándo vuelvo yo á mi casa? Esta misma noche, respondió, te hallarás en ella sano y salvo, como si tal cosa. Luego tú eres bruja, le dije. Así han dado en llamarnos, señor, contestó; pero no soy sinó una muger honrada de Huete, y bien quista de toda la

villa: de dia hilo, y de noche me ocupo en santas obras: vuelo á donde me envía mi junta, que nunca es sinó á servir á los prójimos. Siempre caen propincjas y adchalillas, y con esto me ayudo para el alquiler de la casa. Hízele tres preguntas seguidas sobre el sitio de sus congregaciones, el número de compañeras, y el ritual de la cofradía. Pero á ninguna de ellas contestó, alegando que le iba la pelleja en la revelacion de este secreto.

Ya entónces, viendo que era negocio de dinero, y que no pedía cosa que pudiese traer otras consecuencias, vencido de esta maldita curiosidad, caí en el lazo, y sacando una onza de oro, al dársela, le dije: úntame, y si la empresa sale á medida de mi deseo, cuenta con otra.—Unto fué, que en un abrir y cer-

rar de ojos me hallé en uno de los escarpados montes de la luna. Á la vieja no la vi mas. Por entre uno de aquellos barrancos sacó la cabeza un gallardo mancebo, el cual saludándome con estraña cortesanía, me dijo : Ese globo que ves á tu frente, es la tierra de donde acabas de salir : aquella manga que está entre dos mares, es la Italia, y aquel que parece un carrillo con diviesos, es Roma fundada sobre montes. Observa aquellos que parecen pulgas : esos son los cardenales ; y los otros que corren á guisa de piojuelos y niguas, son los prelados domésticos y monseñores de manteleta y *mantelone*, y auditores, y áulicos, y cortesanos, y curiales, que forman la larga y peregrina comparsa de la capital del mundo.

Esto no es lo tratado, buen amigo, le

dije: ¿qué adelanto yo con ver desde tan léjos esa miniatura? El cuadro de Roma quiero verlo como es en sí, de suerte que pueda distinguir las personas con sus pelos y señales; y no solo las de ahora, sinó las de los tiempos pasados; que eso es lo que me han ofrecido. Nada sé yo de ese trato, dijo el mancebo: á mí se me ha encargado que te ponga donde puedas observar lo que es Roma, y lo que ha sido en las épocas que escogieres, y aun te provea de algun *cicerone*, caso que lo pidas. Pero nada de eso, repliqué, puedo conseguir, si no me pones á tiro. Y ¿qué *cicerone* me esplica á mí desde esta altura, quienes son aquellos animalejos que apénas pudieran llegar á verse del tamaño de una chinche, mirados con un buen telescopio? Fácil me es,

dijo, suspenderte en el aire, ó colocarte en la cima de alguno de los mas altos montes de la tierra; el que te parezca mas bonito, ora sea el Chimborazo, ó el pico de Tenerife, ó alguno de los Ándes, ó de la Alpujarra. Eso de estar colgado en el aire, amigo mio, le contesté, no me acomoda. Acuérdome de un tal Ícaro, que por su mal tuvo alas, y de otro que desde la cuerda floja de un globo aerostático dió una voltereta sobre los álamos de Aranjuez, y se rompió las piernas. Esos picos y montes que me has nombrado, tendrán toda la altura que tú quisieres; mas así vería yo á Roma desde ellos, como por los cerros de Ubeda. Pues haremos otra cosa, dijo, y es, que pongas un pié en el mar de Cerdeña y otro en el Adriático, de suerte que cojas al Tíber entre piernas,

y di que se escape. Esa ya es juglería, le contesté : yo he dado mi dinero para que me lleves á Roma, supuesto que confiesas habérsete confiado este encargo. Los léjos son buenos para la guerra y para la música : la Babilonia de Roma no se divisa bien sinó de muros adentro; y pues tengo pagadas las postas de mi viage, á Roma hemos de ir, que eso de quedarse á media miel, es bueno para bobos.

Tu boca será medida, dijo el mancebo: cierra los ojos. Hízelo, y al abrirlos, me hallé en la cúpula de la iglesia de san Pedro. Esta es, dijo, la primera maravilla del mundo. Bien puede serlo, contesté. A que no ves tú en ella lo que veo yo? — Qué? — La sangre de españoles de que está teñida. ¿Ignoras que desde Cárlos V ha estado enviando

España anualmente para esta fábrica mas de trescientos mil reales. Saca la cuenta de los millones á que asciende esta contribucion en el espacio casi de tres siglos. Y entre tanto hay en aquel réino innumerables iglesias parroquiales á medio edificar, otras desmanteladas, pobrísimas y con ornamentos indecentes. Por semejantes medios me atrevo yo á llenar el mundo de maravillas. Aun ménos quisiera acordarme del peligroso recurso de las indulgencias, de que ántes habia echado mano Leon X para esta obra. No digas tal, ocurrió el mancebo, que esta es la madre de todas las iglesias. No he visto madre, contesté, que sufra verse engalanada, teniendo al rededor á sus hijos llenos de andrajos.

Mas qué hacemos aquí? veamos esta maravilla.—Sin necesidad de escaleras,

me hallé delante del pórtico. Alzé los ojos á la fachada del templo, y en ella eché de ménos la nobleza y la sencillez que campean en la del Escurial. Retrocedí para observar la cúpula, y la hallé tan distante del peristilo, como si perteneciera á otra iglesia. Este defecto, dije, precavió Herrera en la suya de san Lorenzo, formada bajo el plan de una cruz griega: en estotra de Roma se hubiera evitado tambien con solo haber seguido la planta de Miguel Angel Buonarrotti.— Al entrar por las puertas me dieron en rostro las columnas istriadas de pésimo gusto, para las cuales sirvieron los bronces que tomó Urbano VIII del Panteon: asustáronme los gigantes alados de las pilas de agua bendita, y la multitud de estatuas colosales que representan personas que en vida tuvieron me-

nor estatura; las cuales podrán hacer juego con la grandiosidad del edificio, mas no con los que entran en él á hacer oracion. No son las dimensiones colosales las que hacen magnífico un templo, sinó el estilo y la consonancia en los órdenes de arquitectura, y la magestad que compete á la casa de Dios.

Andaban paseándose por él cuadrillas de estrangeros, admirando las obras maestras de las nobles artes que adornan este vasto edificio: parecíame estar en un museo, ó en una galería de pinturas, ó en un gabinete de historia natural: uno alababa las mosaicos, otro los bajos relieves, otro los estatuas, otro los cuadros, otro las pinturas al fresco: había disputa sobre los autores, reíanse los *cicerones*, y las decidían en tono magistral. A uno que andaba embobado

de un lado á otro, le dije al oido: nada de eso que te asombra, es el templo: esos son como los muebles de una casa; quítalos, y se convirtió en palomar. Despoja este gran salon de esa multitud de obras preciosas que atraen á los artistas y á los curiosos: ¿merecería entónces por su fábrica lo que merece ahora por sus adornos? Ni tú ni otros os acordaríais de visitarle. Lo contrario sucedería, si se pareciese á los antiguos templos de esta misma capital, ó á los griegos, ó á los egipcios, cuya noble y sencilla arquitectura encanta y eleva el ánimo, y desecha estraños adornos.

Dolíase uno junto á mí de que los millones enterrados en aquellas bóvedas, no se hubiesen empleado en secar

las lagunas pontinas. Díjele yo : mejor gastados fueran en abrir ó en concluir los canales de España.—Estaba conjeturando un estatuario que era Júpiter el san Pedro de bronce hallado entre las ruinas del Capitolio. ¡Linda trasformacion ha sido, decía, convertir una deidad gentílica en apóstol, con solo ponerle una aureola en la cabeza y las llaves en la mano! Díjele yo : equivocado estáis : no es esa la misma estatua de Júpiter capitolino, sinó la que del bronce de ella hizo san Leon Magno, en reconocimiento de haber sido preservada Roma de la ferocidad de Atila.—Sonrióse, y me volvió la espalda. Esta burla me hizo acordar de un san Blas que había en cierto pueblo, al cual con solo quitarle las barbas postizas, y ponerle una

corona con su diadema, le convertian todos los meses en Vírgen del rosario.

Un escoces, que andaba copiando los epitafios de los sepulcros, en el epígrafe de su coleccion llamaba á esta iglesia *Cementerio*: puso una larga nota sobre el mausoleo de la reina de Suecia Cristina Alejandrina y el de María Clementina, reina de Inglaterra; y tomó apuntes para escribir un comentario sobre la estatua del emperador Enrique IV, que está besando los piés al papa Hildebrando en la lápida sepulcral de la princesa Matilde. Decía un *cicerone*, que este fué pensamiento de Urbano VIII, por cuya órden labró aquel sepulcro el caballero Bernini. A pocos pasos dimos con el sepulcro de este papa y con su estatua de bronce. Díjome uno de los concur-

rentes: por este se dijo: *Quod non fecerunt barbari, fecerunt Barberini* (1). Y pidiéndole yo que me esplicase aquel enigma, me contestó que aludía á la ruina causada por él en el Panteon, y á que sus nepotes, con licencia suya para labrarse un palacio, tomaron en una noche, por mano de algunos miles de trabajadores, innumerables mármoles de los que quedaban aun en el soberbio coliseo ó anfiteatro de Agripa. Aun hay, dije, quien tiene en este papa por mayor barbarie haber negado á Luis XIII y á Luis XIV el título de *reyes de Navarra*, al tiempo que concedió á los cardenales el de *eminentísimos*.

Volví los ojos, y vi al frente el se-

(1) Lo que no hicieron los bárbaros, lo hicieron los Barberinos.

pulcro de Paulo III. Este papa, dijo un *cicerone*, quiso hacer cardenal á Erasmo; mas él no quiso serlo. No honra poco, contesté yo, esa anecdota la memoria de ambos. Creó duque de Parma, dijo otro, á su hijo Pedro Luis. Eso no le honra tanto, ocurrí, porqué fué á espensas de la santa sede. No debió de salirle á derechas el ducado del hijo, ni la boda de su hija con Vosio Sforza, cuando en su última enfermedad repetía á menudo: *Si mei non fuissent dominati, tunc immaculatus essem* (1).

Pasando mas adelante, llegamos al sepulcro de Inocencio XII. Bendito papa! esclamó un profesor de Oxford; que hizo firmar á todo el sacro colegio la

(1) Si no me hubiesen dominado los mios, estaría libre de culpa.

bula en que prohibía toda especie de *escesiva complacencia* de los papas á favor de sus nepotes, obligando á conformarse con ella á los cardenales presentes y venideros, y á ratificarla con juramento en cada conclave, y á todos los papas electos á jurar su observancia. Esa bula es papel mojado, saltó un cierto máscara agregado á nuestra comitiva. Cómo es eso? dije yo entónces: ¿ pues qué no observan los cardenales las bulas de los papas? y el juramento? Es pura fórmula, contestó el incógnito. Ademas, ¿ cómo le prueba nadie á un papa que es *escesiva* su *complacencia* para con sus deudos? Esto se remedia con una sutileza escolástica; y si no, traslado á los nepotes de Pio VI, y al ducado de Nemi, que esa lengua infernal de Pasquino llamó de *Nemini*.

Seguíase en pos de este el sepulcro de Sisto IV, con bajos relieves de bronce, obra clásica de Antonio Palayolo. Acuérdome, dije, de que este papa dió en encomienda perpetua el obispado de Zaragoza á un niño de seis años llamado Alfonso, hijo bastárdo de Fernando, rey de Nápoles. Comenzó á zaherir esta provision un abate de mal gesto, que debía de ser jansenista; y yo con la prisa de mi escrutinio, no le hize caso. Tiróme del sayo un *cicerone*, diciéndome que me detuviese, si quería ver en aquella capilla dos colunás del templo de Salomon. No pude, al oir esto, contener la risa. Qué te ries? dijo él montado en cólera. Segun eso tampoco creerás es de aquel templo otra coluna que está en la primera capilla junto á la *Puerta santa*, sobre la cual es tradicion

que se apoyaba para predicar nuestro señor Jesucristo. Como de esas tradiciones, dije, andan en boga por esos mundos. Y si no, traslado al plato de la cena tan religiosamente venerado en Génova, que ya se ha demostrado ser fabricado mas de mil años despues de Cristo. En un relicario de cierta cartuja me mostraron dos pedazos de varas como las que usan nuestros arrieros, y quisieron persuadirme que eran de los jueces de Israel. En otro monasterio se conserva un pedazo del torrente *Cedron*; y á uno que se determinó á preguntar á los monges, si era del agua ó de las piedras de aquel arroyo, le contestaron, que no se burlase de sus reliquias. Otro tanto me contestarías tú, si te preguntase de cual de los templos de Salomon son esas colunas; y eso

que la tal pregunta estaría en regla.

Con este diálogo llegamos al sepulcro de Benedicto XIV. Doloroso es, dijo el profesor de Oxford, que este papa tan recomendable por su sabiduría y por sus virtudes, hubiese dado entrada en el solio pontificio á ciertas máximas y planes políticos de su curia. De él hizo burla el jesuita Patouillet, reproduciendo en el *Diccionario de los libros de los jansenistas* la *Biblioteca jansenística* del P. Colonia, que había él condenado. Hiciéronla tambien los que tradujeron al italiano y al español la *Historia del pueblo de Dios* del jesuita Berruyer, contra la cual había dado un decreto, censurándola como fautora del pelagianismo y del socinianismo. Contra estos enemigos de la verdad y de la religion sostuvo hasta el fin el decoro de la

santa sede. No me atreví á replicar á esto, sin embargo que á los buenos padres de mi colegio les había oido otro lenguage.

Pasamos de largo por el sepulcro de Clemente X, porqué ántes nos advirtió un *cicerone*, que el verdadero papa de su tiempo fué su sobrino adoptivo el cardenal Altieri. No es estraño, dijo el profesor de Oxford, que este anciano de 86 años, y lleno de achaques, descargase en otro parte del peso de su oficio. ¿Si creerán escudarse con este ejemplo, dijo el incógnito, otros prelados desidiosos, que ni son papas, ni viejos, ni enfermizos?

Los sepulcros de los papas Leon I, II, III y V que están en otra capilla, dieron pábulo á una larga contestacion entre el profesor, el incógnito y dos de

los *cicerones*. La suma era comparar la Roma de entónces con la de ahora: casi estuvieron para tirarse los bonetes. Formóse un gran corro de los curiosos que andaban por el templo; acudieron un pertiguero y dos sacristanes; yo me escurrí con mi socio y un *cicerone*, porqué siempre fuí enemigo de ruidos.

Al llegar al sepulcro de Clemente VII, se me representó la *liga* llamada *santa* de este papa con varios príncipes contra Cárlos V; y la imaginacion, que es caballo sin freno, me hizo dar un salto de tres siglos. Retrocedí al momento, y ví á Clemente preso en el castillo de san Angelo, fugitivo á Orvieto en trage de mercader, dispuesto á declarar nulo el matrimonio de Enrique VIII con Catarina de Aragon, y luego resuelto á darle por válido. Quiso el *cicerone* contarme

esta historia, mas no le di oidos, diciéndole, que harto sabida la tenía; y que era muy doloroso, que el alma de los pasos dados por este papa en aquel delicado negocio, hubiese sido una falsa política, que no perdió nunca de vista el propio interes.

Al llegar á la capilla que sirve de coro á los canónigos de san Pedro, vimos el sepulcro de Inocencio VIII. Estábale tambien observando un abogado boloñes, el cual vuelto á mí, lastima es, dijo, que este papa, que fué dechado de mansedumbre y beneficencia, cayese en la debilidad de escomulgar y destronar á Fernando, rey de Nápoles, porqué se negó á pagarle el feudo de su reino, de que le había eximido Sisto IV. Aun tengo yo por mas lamentable, contesté, que hubiese inventado la espresion

motu propio, desconocida de los antiguos papas, que nunca espidieron decretos tocantes á la Iglesia universal, sinó con anuencia y acuerdo de su sínodo. Muy dulce debe de ser el mando absoluto, dijo sonriéndose el abogado, cuando se paladean con él hasta *los siervos de los siervos de Dios*.

¿Hemos de estar todo el año registrando sepulcros? dije al mancebo: ¿no he de ver yo lo que deseo sobre las épocas señaladas de Roma?— Decir esto, y desaparecer la gente que había en el templo, todo fué uno: y no solo la gente, sinó el mancebo tambien, en cuyo lugar se me pusieron á los lados dos estantiguas, que me causaron mas pavor que la bruja. Abrióse de improviso, no la puerta por donde habíamos entrado, ni la *santa*, que solo tiene uso

en los jubileos; ni ninguna de las otras tres, sinó la pared de alto á bajo. Y por la hendedura, que era de cuatro varas por lo ménos, comienza á entrar una como procesion de personages difuntos, que no dejó de meterme el resuello. A ninguno de ellos conocí, pero los espectros, mis asistentes, me iban dando sus nombres. El primero, que era el papa Hildebrando, llevaba un estandarte de glasé de oro, y en él esta inscripcion: *Teman los reyes el supremo poder de los papas*: de las borlas iban asidos á derecha é izquierda Bonifacio VIII y Julio II. Al lado de Bonifacio iba un anciano altercando con él; era el profeta Jeremías, á quien quería persuadir aquel papa, que á él y á los demas pontífices fueron dichas las palabras: *Yo te establecí sobre reyes y reinos.* Tras

estos venía el cardenal Beno diciendo: no es Bonifacio, sinó Gregorio el inventor de esta *idolatría*. Pero le imponía silencio una turba inmensa que iba á su rededor, diciendo: No sabes que por este santo pontífice se dijo: *Dominará de mar á mar?* Descollaba entre esta multitud el cardenal de Porto, gritando que las palabras de Jeremías denotan la jurisdiccion temporal que tiene el papa sobre las naciones y los príncipes. Apoyábale el jesuita Salmeron, citando la bula en que Paulo III destronó á Enrique VIII.

Seguíase una como capilla de músicos de varias voces, pero muy acordes, que al compas del jesuita Suárez iban entonando cánticos espirituales al poder temporal de los papas. Al son del arpa de David cantaba un tiple: « Todos los

« reyes de la tierra le adorarán y le servi-
« rán.» Seguíale un tenor : « Reinará en « la casa de Jacob para siempre.» Callaban estos, y entonaban otros á cuatro voces: « Chuparás la leche de las nacio-
« nes, y serás amamantado á los pechos « de los reyes.» A los cuales respondía todo el coro : « *Divina* es la *magestad* «del papa : leon de la tribu de Judá, « raiz de David, salvador y libertador « de Israel.» Cuando estaba yo con gran placer oyendo esta melodía, se destacó de entre los músicos uno que me dijeron llamarse Enéas Silvio, y me dijo al oido: no hagas caso de estos profanadores de la Escritura: *sunt interpretationes paparum, suas fimbrias intendentium* (1).

(1) Son interpretaciones de los papas, acomodadas á su interes.

Ya cuando había pasado toda esta comparsa y cesado aquella dulce música, vi entrar á Alejandro VI con su hija Lucrecia y sus cuatro hijos, gloriándose del santo que había de dar á la Iglesia su genealogía, y dando órden á su maestresala de las botellas que debían preparar para su última merienda en la viña del cardenal Adriano Cornetto.

Con gran prisa venían luego sin órden varios papas: Julio III llevaba en la mano la bula en que escomulgó al rey de Francia Henrique II, y san Pio V, la bula en que destronó á la reina Isabel. Al lado de este iban cantando cuatro músicos de su capilla á tono de motete las palabras que aplicó él á don Juan de Austria, bastardo de Cárlos V, despues de la victoria de Lepanto: *Fuit homo*

missus a Deo, cui nomen erat Joannes (1). A Pio VI le preguntaban algunos áulicos que pensaba hacer del nuncio de España Vincenti, y respondía: *Vincenti dabo manna absconditum, et nomen novum* (2). Leon X iba cantando el triunfo que alcanzó contra la pragmática de Cárlos VII en el concordato con Francisco I. A su sombra iba el cardenal Orsi, haciendo el eco de lo que contra la autenticidad de la pragmática-sancion de san Luis habían dicho Chárlas y Tomasino. Agarrados á la cola de este cardenal venían unos cuantos gritando : *Pravilegia, non privilegia.*

(1) Hubo un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan.

(2) Al vencedor (*Vincenti*) le daré el maná escondido y un nombre nuevo.

Quiénes son estos? pregunté á mis ángeles, y qué dicen? Estos son, me contestó uno de ellos, los teólogos que han aprobado la obra de Rocaberti sobre el romano pontífice. *Pravilegia* son en su boca los artículos del clero galicano; y aplauden el zelo con que aquel arzobispo trató de hereges á los que niegan la infalibilidad del papa, y de impíos y cismáticos á los que no le consideran revestido de potestad para deponer príncipes. Calló, y proseguían aquellos teólogos : *Rey de reyes, y señor de señores.* Bendito sea Dios, esclamé, que oigo repetir lo que de Jesucristo está escrito en el Apocalipsi. De Jesucristo? contestó mi socio : del papa es de quien lo dice; y si no aguarda un poco. Y continuaban gritando : «En lo « espiritual y temporal posee el papa un

« poder, que en vano intentan quitarle
« los hereges.»

Apénas pudo colar por la grieta un gran cuadro, en que estaba pintada la matanza de los hugonotes de Francia el dia de san Bartolomé. En lo alto tenía esta inscripcion : *Pontifex Colignii necem probat* (1). Debía de pesar mucho, porqué el cardenal de Lorena que le llevaba atado á una asta elevadísima, iba calado de sudor. A su lado iba el cardenal Alejandrino, sobrino del papa, que había sido legado suyo en Francia, y esclamaba : « Alabado sea Dios, que el rey « me ha cumplido su palabra.» En pos de él iba en dos filas todo el sacro colegio, presidido por Gregorio XIII. Díjome

(1) El pontífice aprueba el asesinato de Coligny.

uno de los estantiguas: estos van ahora á las iglesias de san Márcos y de san Luis á dar gracias á Dios por este gran triunfo, que ha conseguido la religion católica. ¿Y aquella espada, dije, que lleva detras ese camarlengo? Es, contestó, el regalo que tiene preparado el papa para Cárlos IX.

Aun no me habia pasado el horror que me causó esta mezcla de la religion con el derramamiento de sangre humana, cuando veo entrar á Sisto V, rodeado de cardenales y prelados, el rostro encendido, como arrebatado en éstasis, comparando á la encarnacion del Verbo y á la resurreccion de Jesucristo el asesinato de Henrique III, rey de Francia, por Jacobo Clemente. Y como al volver de este arrobo, le reconviniese un cierto áulico por haber escomulgado

al rey de Navarra y al príncipe de Condé, y absuelto del juramento de fidelidad á sus súbditos; vuelto á él le contestó, que el papa era superior á todos los potentados de la tierra, é instituido para destronar á los príncipes infieles, y precipitarlos en los abismos, como ministros de Lucifer.

Hubo un corto intervalo, y vi entrar dos papas llorando amargamente. Quiénes son estos padres santísimos? pregunté á mis intérpretes. El de la derecha, me contestaron, es san Pedro Celestino, que lamenta en el castillo de Fumona la ingratitud con que le encerró en él Bonifacio VIII, despues de haberle inducido á que renunciase la tiara. El otro es Adriano VI, á quien tuvo en perpetua tristeza la imposibilidad en que se vió de remediar los abu-

sos y las abominaciones de su curia.

Llenáronme de asombro cuatro espadas centellantes que entraron como volando, una tras otra, por aquella abertura. Tuve que desviarme, porqué no me revanasen al pasar, y dije: qué espadas son estas? Las dos primeras, contestó un trujiman, son las bulas de Inocencio X y Alejandro VII, sobre Jansenio, que dividieron el clero de Francia, y causaron en él estragos funestísimos. Las otras dos las bulas *Unigenitus* y *Auctorem fidei*, que sirven de cuchillo á la doctrina de la Iglesia. Tras estas espadas entraron Pio VI y Pio VII, dando latigazos á un código que tenía este rótulo: *Las cuatro proposiciones del clero galicano.* A un obispo frances que iba con ellos, le persuadía Pio VII, que predicase allá en su pais, que aquellos errores

los tenía ya condenados Inocencio XI. Reíase el obispo, y decía : Beatísimo padre, demos largas á este negocio hasta el pontificado de vuestro sucesor : entónces veremos maravillas.

Entróse de sopeton una multitud de papas, alzados los ojos hacia un cartel que llevaba en alto el maestro de sacro palacio, con esta inscripcion : *Copia de la donacion de Constantino.* Asomaban á lo léjos Lorenzo Vala y Luis Antonio Muratori, guiñando el ojo. Decía el primero : agréguese á las decretales de Isidoro; y el otro : bien decís que es copia, y no del original, sinó del pastel que se amasó en tiempo de Estévan III y de Adriano I. Esto lo decían por lo bajo, escarmentados de la quema de algunos católicos en Estrasburgo por haberse negado á creer esta fábula, y de

lo que le había pasado á un fraile, que habiendo puesto en duda la donacion de Ludovico Pio, por poco le hacen inquilino de la Inquisicion. Replicaba el fraile: pero, señores, ¿cómo pudo Ludovico dar á los papas la Sicilia y la Calabria, si no las poseía? Añadía: el mas antiguo escritor que alega esta donacion, es Leon de Ostia, que murió á principios del siglo XII. Si soy yo herege, ántes lo fué Pagi, que dió por tan apócrifa esta galantería como la otra.

Hízome gracia un alto personage que entró mano á mano con san Pedro, pidiéndole que reconociese por suya una carta que suponía habérle escrito á Pepino. Muy persuadido estaba él de que era auténtica, y de ella sacaba no sé que argumentos á favor de la autoridad temporal de sus sucesores. Dejóle frio el

santo apóstol, contestándole que no había despachado jamas correo ninguno, y que para conocer si aquella carta era suya, el mejor medio era compararla con las dos de la Biblia.

Qué nueva procesion es aquella?—Un nuevo grupo de papas presididos por Paulo III, llevando bajo palio la bula *In cœna Domini.*—Acabóse esta procesion á capazos, porqué Clemente XIV salió de improviso de una capilla donde estaba oculto, y fué apagando las velas, y echando agua en las ascuas de los incensarios que llevaban algunos obispos franceses. Maravilla fué que pudiese escurrirse entre ellos un abate, que llevaba acuestas un cajon forrado de damasco con este rótulo: *Protestas secretas de los papas contra las cesiones de los derechos pontificios, hechas á mas no poder*,

para hacer uso de ellas en tiempos prósperos.

Salgamos ya de aquí, dije enfadado: la noche se pasa, y no veré á Roma, ó me quedaré á media miel, y luego vendrá la bruja por la otra onza de oro.

Pesóme mucho de esta prisa, porqué lo primero que me pusieron ante los ojos mis dos sacristanes, fué la quema del infeliz Antonio Palèario de Verli, que había cometido el gran crímen de decir, que la Inquisicion es un puñal para los literatos. Erizáronseme los cabellos, cuando le oí confesar como una verdád dogmática, que en ciertos casos puede el papa dar muerte por su mano á los herejes. Estaba junto á mí el famoso teólogo dominicano fray Silvestre Priérias, al cual como hubiese yo mostrado la lástima que me causó aquel varon doc-

tísimo, me dijo : ¿no sabeis que *san Pablo, aunqué no nos manda quemar á los hereges, nos manda matarlos?* y eso no como quiera sinó *por órden de Dios?* San Pablo? contesté : y dónde? Mandato suyo es, prosiguió, *ut hæreticos devitemus* (1). En hora buena ; pero es eso matarlos?—Atrasado estáis en el latin, replicó el teólogo : *devitemus es de vita privemus* (2). Sin duda habéis perdido el juicio, padre; solo un loco pudiera desatinar hasta ese punto. Loco, ó no loco, contestó fray Silvestre, yo entiendo ese testo *secundum interpretationem sanctissimi domini nostri papæ*(3).

(1) Que huyamos de los hereges.

(2) Que les quitemos la vida.

(3) Segun la interpretacion de nuestro santísimo padre el papa.

No puedo salvar á ese papa, le dije, sinó llamándoos á vos impostor. ¿Es posible que ignore el papa los rudimentos de la lengua latina? ¿ó que crea que el bendito apóstol escribió en ella sus cartas? Ademas, ¿por qué regla aplicó á los hereges lo que dijo san Pablo á los corintios con alusion al incestuoso? y no para que le diesen muerte, sinó para que procurasen su enmienda; lograda la cual, les previno que le tratasen con indulgencia, y le consolasen. Y si ese *devitemus* le habéis forjado de las palabras del apóstol á Timoteo: *et hos devita* (1); debéis saber, que en ellas no alude á los hereges, sinó á los *amadores de sí mismos*, á los *codiciosos*, á los *soberbios*, á los *ingratos*, á los *inobedien-*

(1) Y huye de estos.

tes á sus padres, y á otros viciosos, de que no está esenta la corte de Roma. De suerte que si *devitare* significase aquí *de vita privare*, era preciso que vuestra Inquisicion, para cumplir este precepto del apóstol, comenzase á quemar y degollar á diestro y siniestro desde el Capitolio hasta los barrios trastiberinos.

Un abate, que estaba oyendo nuestra conversacion, me dijo : tú no debes de leer nuestras bulas. ¿No sabes, que una de las proposiciones de Lutero condenadas por Leon X en la bula *Exurge Domine*, dice, que *es contra la voluntad del espíritu el ser quemados los hereges?* Ese espíritu, dije yo, será el de la curia, mas no el Espíritu santo; porqué á ser así, se seguiría ser voluntad del Espíritu santo que sean quemados los herejes; y de esto no podréis presentarme una

sola prueba.—No sé como asomó por allí la cabeza el cardenal Belarmino, y enterado de nuestra contienda, quiso persuadirme que los hereges mismos debían dar gracias á los inquisidores ó al brazo seglar á quien los relajan. Mira, hermano, me dijo con mucha blandura: «á «los hereges obstinados se les hace be«neficio con darles muerte, porqué «cuanto mas vivan, mas errores in«ventarán, y pervertirán á mayor nú«mero de personas, haciéndose mere«cedores de mas recia condenacion.»

Y ¿cómo componéis eso, repliqué yo, con lo que dijo Jesucristo: «No quiero «la muerte del pecador, sinó que se con«vierta y viva?» Oh! contestó el teólogo Priérias: «los santos de la primitiva «Iglesia se hubieran acaso escedido ca«lificando de *homicidio* el que nosotros

« quememos ahora y matemos á los here-
« ges. Lo cual sin embargo, en nuestro
« tiempo, si se hace con recta intencion,
« léjos de ser pecado, es obra de gran
« mérito.... Y así el inquisidor en sen-
« tándose en su tribunal, no debe soltar
« la presa hasta que vaya el herege con-
« fundido á la hoguera; (*Donec confusi-
« biliter sit combustus*) y esto para que
« pueda gloriarse en el Señor de que ha
« defendido la Iglesia. » Creía yo, padre, le dije, que la Iglesia se defiende con la sana doctrina, con la paciencia, con la mansedumbre y con el buen ejemplo. Sin duda, contestó, debes de ser tú de los nuevos hereges. Eso es condenar á la curia romana, que « á los que no
« quieren seguir la santa Iglesia de Dios
« y la silla apostólica, los quema ó los
« echa en el Tíber, ó les da otro género

«de muerte.» Pero los oirá siquiera, le repliqué. «Oirlos?» contestó: «hácese «sorda al que pide ser juzgado ú oido «en un tribunal: *Non attento quòd vo-«luerint stare judicio aut rationem red-«dere.*»—Siento decirlo, padre, pero eso es ser la curia *homicida*, ó *un tirano sanguinario*. No lo es, replicó, porqué no debe intentarse ahora convencer á los hereges. Y por qué? dije. —Porqué son *locuaces* y *astutos*.—Y ¿no lo eran tambien, repliqué, en tiempo de san Estévan los fariseos y escribas, á quienes trató él de convencer con el poderío de la divina palabra? Así es, dijo; mas vos no conocéis la diferencia de los tiempos: á la locuacidad y astucia de los hereges de ahora no puede resistir, como entónces, el Espíritu santo: *Non potest ita resistere Spiritus sanctus hodie, sicut*

fecit tempore sancti Stephani. Y así es muy útil que se les condene sin ser oídos: *Ut occidantur antequam audiantur.* —No pude contenerme al oír tanto cúmulo de desatinos. Díjele, que con el manto de la religion, era un verdadero enemigo de su espíritu. Ya os conozco, ya os conozco, esclamó con gran zelo: apostemos á que sois vos de esos fatuos que «interpretan por su cabeza «las santas Escrituras, y no segun la de«cision de la curia romana.» Íbase con esto arremolinando gente, y para escapar del riesgo de que me vi amenazado, apelé al recurso de hacerme invisible.

Halléme junto al Tíber, y lo primero que vi, fueron unos pescadores que estaban sacando del rio el cadáver de un papa. Qué muerto es este? le pregunté á uno de ellos. El papa Formoso, me

contestó arrojado en el rio por Estévan VI. Pues que habia á un tiempo dos papas?—No, sinó que Estévan VI, que le sucedió con solo el intermedio de Bonifacio VII, que lo fué quinze dias, le mandó desenterrar, y habiéndole colocado en la sede patriarcal con las vestiduras pontificales, y dádole un abogado que le defendiese, como si fuese vivo y convicto, le condenó y degradó, y le mandó cortar tres dedos y la cabeza, y echarle en el Tíber. Y no paró aquí esta tragicomedia: depuso á cuantos habia ordenado Formoso, y ordenó de nuevo á los que se prestaron á ello. Ese ya era frenesí, dije. Otra creyeron que era su enfermedad, contestó, los que le encerraron en una oscura cárcel, y le cargaron de hierro y le ahorcaron.

Miéntras aquellos pescadores lleva-

ban á enterrar al venerable pontífice, veo junto á mí, guiado por un lazarillo, al presbítero Benedicto, á quien había hecho sacar los ojos su hijo espiritual, el papa Juan XII. Oíase al mismo tiempo un gran clamor de campanas, y era el entierro del cardenal subdiácono Juan, á quien el mismo papa había causado la muerte por un medio ageno del decoro.

Llego á las puertas de la ciudad, y veo correr hacia lo interior un peloton de gentes. A dónde van estos? pregunté á un guarda. A ver un nuevo espectáculo, contestó: á Juan XVII, que le tienen por antipapa los partidarios de Oton III: le han cortado las narices y un pedazo de la lengua; y por fin de fiesta, nuestro santísimo padre Gregorio V le manda pasear por las calles con las vestiduras rasgadas, montado en un

asno con la cabeza vuelta hacia la cola.

No había yo vuelto en mí de la sorpresa que me causó esta crueldad, cuando veo llevar preso por sospecha de conspiracion contra Paulo II, al célebre historiador Platina. Hízeme otra vez invisible, y le anduve siguiendo los pasos. ¿Con que tambien conspirabas tú contra mí, le dijo el papa, siguiendo á Calímaco? Contestóle Platina, vindicándose con denuedo de aquella calumnia, para que no pusiese en duda su inocencia. Estrechábale el papa desceñido y pálido, amenazándole con la tortura y con la muerte, si no decía la verdad. Viéndose Platina cercado de tropa, aturdido del estruendo que resonaba á su rededor, rezelando que el papa, por miedo ó por ira, adoptase contra él alguna medida violenta, le espuso las razones

que tenía para persuadirse de que no había maquinado Calímaco contra su persona, ni pasádole tal cosa por el pensamiento. Vuelto entónces Paulo á su camarero Vianesio, mirando de reojo á Platina, le dijo : á este debe dársele tormento, para que confiese la verdad, porqué es diestro en las conspiraciones. — Lleváronle para esta obra pía al castillo de san Ángelo. Habían ya muerto en la tortura á manos del verdugo algunos de los indiciados. Parecíase el sepulcro de Adriano al toro de Fálaris : tales eran los gemidos y los alaridos de miserables jóvenes que resonaban en sus bóvedas. Cansados estaban ya los verdugos: cíñense, cuando le llegó el turno á Platina, preparan los instrumentos de su dolor; vióse en breve despojado, golpeado, destrozado como salteador de ca-

minos. A todo esto estaba en su silla el camarero del papa, no acordándose de lo que acerca de esto prohiben los cánones á los individuos del clero. Cuando estaba Platina colgado en el aire, en lo fuerte de sus tormentos, vuelto el camarero á un amigo que tenía junto á sí, estendiendo la mano á unos dijes que llevaba, le preguntó, qué cortejo suyo se los había regalado. Y habiendo hablado de amores no limpios, vuelto á Platina, le estrechaba á que declarase los pasos de la conjuracion. Amansado al cabo: quitadle, dijo, de la tortura, para volverle á ella por la tarde. — En esta segunda escena, á que asistió el arzobispo espalatense, en vez de tortura hubo amenazas de otra mas áspera para el dia siguiente, si no confesaba. Presentósele luego el médico del papa,

anunciándole de su parte, que luego le daría libertad. Cuándo? preguntó el infeliz. Muy pronto no puede ser, contestó; no sea que acriminen á nuestro santísimo padre de ligereza ó de saña, si ve el público que á los que con tanto estrépito había arrestado y puesto á cuestion de tormento, los echa luego á la calle por ser inocentes.

Lo que mas me llenó de asombro, fué que á los que poco ántes había supuesto reos de conspiracion y lesa magestad, cambiando luego de parecer, por haberse divulgado esta fábula, los acusó de heregía. Para que no pareciese que se había escitado sin causa tan grande estrépito, á los diez meses de estar preso Platina, fué el mismo papa al castillo, y mandándole comparecer á él y á otros, les hizo cargo de que ponían en duda la

inmortalidad del alma, y de que eran amantes de la gentilidad mas que todos. Fuése el papa, y dijo Platina al alcaide: mal le sienta esta acusacion á Paulo II, que aquí y en donde quiera manda desenterrar las estatuas antiguas, y llevarlas al palacio que está labrando debajo del Capitolio. Sonrióse el alcaide, y le dijo: eso guardadlo para su sermon de honras.

No era malo el que le estaba predicando á Paulo IV un diplomático español junto á la casa de la embajada. Hallábanse con él otros tres de su pelo, el uno ingles y los dos alemanes. Sentéme de incógnito muy arrellanado en la copa de su sombrero, y así pude oir su curiosa conversacion. Apénas se determinaban á creer los agravios y los atentados que les refería de este papa

contra varios ministros y criados de Felipe II. Contaban ellos con la seguridad que por derecho divino y el de gentes se debe á los tales ministros; pero no contaban con que el papa tiene su trono sobre todas las leyes. Despues de referirles el asesinato que en Bolonia le tenía preparado á Várgas, embajador de aquel príncipe, el obispo de Belcastro, Jacomelo; el papa reinante, prosiguió, tiene actualmente preso al caballero Garcilaso de la Vega, enviado del rey cerca de la santa sede por negocios gravísimos. Y por qué le ha preso? preguntó el ingles. Para ello, contestó el español, ha tomado ocasion de ciertas cartas que escribió Garcilaso al duque de Alba, dándole aviso de algunas cosas que justa y lícitamente podía comunicarle como ministro del rey.

Al correo mayor Juan Antonio de Társis no solo le puso en la cárcel, sinó que le mandó dar tratos de cuerda. En Bolonia hizo prender al abad Briceño, que llevaba á Nápoles á don Juan Manrique unos despachos del duque de Alba; y al tal abad todavía le tiene preso, y no bien tratado. Al embajador marques de Sarriá, le trató muy mal y ásperamente, así de obra como de palabra, quitándole por todas vias la reputacion y la autoridad, y haciéndole varias ofensas y agravios. A otros servidores y aficionados del rey los ha preso tambien y maltratado, levantándoles que habían querido emponzoñar al cardenal Carraffa; siendo público y notorio ser esta calumnia. — Pero, en eso, dijo uno de los alemanes, obrará el papa con acuerdo del sacro colegio. Lejos de eso, con-

testó el español, le han suplicado algunos cardenales que no maltrate así ni vilipendie á los ministros y dependientes de nuestro monarca. A los cuales contestó su beatitud, que no harían inmortal su memoria los tesoros, sinó los estados que diese á su familia la grandeza de su pontificado; en cuya virtud tenía debajo de los piés los reyes y los emperadores. No alcanzo, dijo el ingles, por que estrañáis que á los ministros de vuestro rey vilipendie un papa, que en un esceso de desacuerdo y de furor ha tratado de bastarda y de ilegítima á nuestra reina.

Al llegar aquí se me escapó indeliberadamente un recio estornudo. Espantáronse todos, no viendo la boca que disparaba aquel tiro; y así, sin dar treguas á la reflexion, echa-

ron á correr, cada cual por su lado.

Trasladáronme de allí mis lazarillos á una junta de canonistas y teólogos, convocados para discutir, qué haría el santo padre, amenazado por cierto príncipe á perder la sopa boba de las reservas. Decíanse cosas que escitarían la risa, si se publicasen. Por allí andaban á vueltas el cardenal de Luca, Farinacio y Baronio. Antojósele al prelado presidente, llamar *falsas* las *Decretales de Isidoro*; y un benedictino que había callado hasta entónces: si las tenéis por falsas, dijo, ¿cómo sufrís que sirvan de base á vuestra jurisprudencia canónica? ¿Cómo es que sobre este falso cimiento se fraguó la coleccion de Graciano, autorizada por los papas, y enseñada en Bolonia y en otras escuelas de la Iglesia católica, como el código principal de sus leyes? ¿Cómo

es que estos monumentos apócrifos fueron reproducidos en las colecciones de Gregorio IX, de Bonifacio VIII, de Clemente V y de Juan XXII? Oh! replicó monseñor: eso vendría bien, cuando las decretales de Isidoro no tuviesen á su favor una prescripcion de mil años. Pero, señor, contestó el benedictino: ¿cabe prescripcion á favor de la mentira y de la impostura? Y ¿puede alegarse prescripcion para dar valor á unos documentos, contra los cuales han clamado por muchos siglos príncipes, naciones enteras, obispos, y otros sabios y piadosos varones? Porqué á estas decretales se dirigían los clamores contra los abusos y usurpaciones que en ellas pretendía apoyar esta curia. Linda prescripcion es la que se pretende autorizar por entre las protestas de la parte ofen-

dida, contra el grito de los derechos ultrajados, y de los cánones despreciados y desobedecidos.—Detúvose un poco el monge, sin duda aguardando que alguien le contestase. Mas reinaba en toda la junta un alto silencio. Claro es pues, prosiguió, que la actual jurisprudencia eclesiástica, por donde gobierna esta corte las metrópolis y diócesis de la cristiandad, está impregnada de groseras ficciones, y que el sistema de su política es llevar adelante la opresion de la Iglesia, y no permitir que se restablezca en ella la justa libertad que le mereció y le dejó en herencia Jesucristo.—Al decir esto el buen fraile, se movió un sordo murmullo; trocóse luego el rumor en gritería: llamábanle jansenista, vikerista, pistoyano. ¿Quiere vuesa reverencia, dijo el prelado, que cerremos la

dataría? ¿y que pierda el santo padre una de las margaritas de su tiara, que son *las reservas apostólicas*? — Gracias que el pobre monge pudo desasirse de las garras de aquellos aguiluchos. Salí tras él, y no pude verle: sin duda se escondió á donde no le alcanzasen los tiros de la avaricia y ambicion curialística.

Esto de los encierros, dije á mis colegas, me hace mal estómago: vamos á ver el boato de esta Babilonia. Aun no había acabado de decir esto, cuando me hallé en el coso. Triste espectáculo fué para mí ver que todos los vicios y todos los engaños que puede inventar la malicia humana, estuviesen como apiñados en aquella ciudad, llamada con razon *santa*, porqué debía serlo. Cayóseme el alma á los piés, cuando observé que esta corte, á la cual compete de justicia ser á

toda la cristiandad modelo de sinceridad, de probidad, de mansedumbre, de tolerancia y de desinteres; es por el contrario, sentina de dolo, de orgullo, de doblez, de astucia, de engaños, de tráfagos y de bellaquerías. Aquel vender oficios y beneficios; confirmacion de prelacías, dispensas y otras gracias espirituales; y esto tan á cara descubierta, que cualquiera pudiera llamarla irrision de la fe cristiana: son otros tantos modos de sacar dineros que inventan los ministros de la Iglesia. Cabalmente llegué á tiempo en que el papa había empeñado ciertos apóstoles que había de oro; y luego cargó un impuesto sobre la espedicion de bulas *pro redemptione apostolorum* (1). Con ser esta una cosa tan

(1) Para redimir á los apóstoles.

fea, y tan perjudicial al decoro de la dignidad pontificia, se hacía sin el menor recato. Y dije: ¿será posible que no haya un alma de Dios, que viendo este cúmulo de desórdenes, tenga pecho para reprenderlos, y clamar por que se corrijan?

Ay señor! me dijo un anciano abate: tantos son y tan respetables los que han hecho eso, que de sus lamentos pudieran escribirse muchos volúmenes. Ahí tenéis á san Bernardo, á san Pedro Damiano, al obispo Alvaro Pelagio, á los cardenales Zabarela y de Cusa, al canciller Gerson, á Teodorico de Niem, á Nicolas Clemángis, y á otros innumerables varones, que llenaron el mundo de estas querellas. Y qué digo varones? reinos enteros han alzado la voz contra esta curia, doliéndose de su opre-

sion y de las socaliñas con que los estaba desangrando, y arrancándoles las entrañas, y dejándolos casi á pedir limosna. Mas si á estos clamores no hubiéramos hecho oidos de mercader, ya pudiéramos irnos todos á los hospicios y á los hospitales; y el papa tambien delante de nosotros. Cómo es eso? le dije. Porqué toda la Europa, contestó, se daba por estrujada y despojada de nosotros, y todos pedían que se les quitasen estos anzuelos de plomo, con que traíamos á Roma gran parte del oro y plata de todo el mundo. Y por qué no lo remediasteis? le pregunté. Porqué con ellos, dijo, se mezcló Lutero; y ese fraile no solo decía mal de la venta de nuestras indulgencias y de otros ardides para hacer tributarias nuestras las naciones, mas tambien blasfe

maba de Dios con tantas heregías como enseñó en Bohemia. Decís verdad, le contesté; pero si vosotros os hubierais reformado, como era justo, y no le hubierais irritado con vuestras escomuniones; y á las cartas sumisas que os escribió al principio, hubierais contestado con caridad paternal para atraerle al buen camino, ó conservarle en él; por ventura no se hubiera precipitado en errores, ni esperimentara la Alemania los desastres espirituales y temporales en que fué envuelta. — Encogióse de hombros y me volvió la espalda.

Quedéme yo entre tanto considerando la ostentacion de aquella corte, el fasto de los cardenales, la multitud de prelados domésticos, de protonotarios, cubicularios, auditores, unos de la cámara y otros de la rota; secretarios,

abreviadores, abogados, procuradores y otros géneros de oficiales. Al ver tanto lujo, tantos trenes, tanta ostentacion, que aun causara maravilla en la sublime Puerta, esclamé: y es esta la cabeza de la cristiandad? es esta la corte apostólica? ¿Quién rastreará por lo que aquí se descubre, la humildad y el desapropio de lo terreno, que resplandeció en Cristo y en sus apóstoles?

No dije esto tan por lo bajo, que no me oyeran dos personas desconocidas que estaban junto á mí, y cabalmente eran los jesuitas Palavicini y Laínez. Quedéme frio cuando me los anunciaron mis colegas; pero arrojé mi ropilla al mar, y lo dicho dicho. No sé que tufo debió de darles de que yo pertenecía á su órden; y así me trataron con mansedumbre fraternal, y no con ira curia-

lística. He oido tus lamentos, hermano, dijo Palavicini, y los atribuyo á ignorancia. « Roma no es corte de romanos, habitantes en ella por descendencia : es corte de eclesiásticos congregados espontáneamente de todo el orbe cristiano. Y ¿quién sinó un necio ó un maligno, negará ser útil para estímulo de la virtud, que haya una *corte universal* á todos los cristianos, en que pueda cada cual por la escala del mérito aspirar á las mas altos cumbres de dignidad, de riqueza y de imperio?» Bien sé que algunos rigoristas zahieren el « esceso en las rentas eclesiásticas, que se acumulan tal vez aquí en una misma persona con ofensa de la justicia distributiva.» Pero no se hacen cargo de que « estos mismos escesos se convierten en beneficio de otros in-

« numerables. Porqué los estímulos de « la concieneia y de la reputacion mue« ven á los *prelados ricos*, á que hagan « obras de magnífica piedad, que ceden « en grandísimo honor de Dios, alivio « de pobres, mantenimiento de opera« rios, y *ornamento* de la corte eclesiás« tica...; y esto se verifica, *aun supuesta* « *la desordenada provision de los bene*« *ficios que no obligan á la residen*« *cia*.»

Decía esto Palavicini en tono tan alto, que llamó la atencion de los que pasaban por el coso, algunos de los cuales se paraban á oirle. Decía él, que tendría el mayor placer en que le estuviese escuchando para su desengaño todo el orbe católico.

Tomando entónces aliento el padre

Laínez, dijo: bien sabéis, amigos, que vine á Roma llamado por Paulo IV, cuyo áulico y consultor íntimo fuí asociado de mi colega el P. Salmeron; y que esta deferencia á mis consejos la heredó de aquel papa su sucesor Pio IV. No podéis ignorar tampoco mi jornada al concilio de Trento, como teólogo de la santa sede, y lo que dije en él para vindicar á esta corte de las injurias de ciertos malévolos, que de su opulencia y ostentacion infieren, que ha degenerado Roma de lo que fué, y que si asomara la cabeza san Pedro, la desconocería. Estos censores debieran saber que « la « santa sede puede ser conocida de dos « maneras; segun el espíritu y *segun la* « *carne*: esto es, como morada de cari- « dad y de religion, y como *fuente de*

« *utilidades temporales.* Una y otra « prenda deben mantenérsele para con- « servarla en estimacion, aun para con » los imperfectos, pues lo *segundo ayu-* « *da y dispone al ejercicio de lo pri-* « *mero.*»

Al decir esto, se desprendió de entre el gran concurso el famoso ultramontano Andres Victorelo, y aplaudiendo el zelo de los buenos padres, dijo: «Por divino consejo brilló y brilla « en magnificencia y esplendor la iglesia « de Roma. Anunciado estaba esto por « el oráculo de un profeta: *Reyes serán* « *los que te alimenten; y reinas tus no-* « *drizas... Mamarás la leche de las nacio-* « *nes, y serás amamantada á los pechos* « *de los reyes.*—Y vuelto á los espectadores, dijo en latin, sin duda para que le entendiesen los estrangeros: *Desinant*

hæretici OPES *romanis pontificibus vitio vertere* (1).

Perdonadme, señor, dije yo entónces: lo que entiende la tradicion del aumento y de la gloria espiritual de la Iglesia, es gran yerro aplicarlo, como lo aplicáis vos, á la opulencia temporal y al fasto y á las riquezas de la corte de Roma. Buenos estamos! dijo Palavicini. Pues *para todo esto*, que rodea el trono pontificio, ¿quién deberá *suministrar alimentos?* « Toda parroquia los suministra á « su cura; toda diócesi á su obispo, to- « do pueblo á su señor, todo estado á su « príncipe... Ni se tiene por agravio el « que vaya á un pais el dinero de otro, « con tal que en cambio de este dinero

(1) Déjense los hereges de llamar viciosa *la opulencia* de los romanos pontífices.

« se traigan las mercaderías mas necesa-
« rias y mas preciosas de todas, que son
« la ley y la conservacion de la justicia.
« ¿Cómo pues será estorsion el que la
« corte del principado eclesiástico sea
« alimentada con las contribuciones del
« cristianismo? » ¿Veis hermanos, dijo un eclesiástico vuelto al concurso, lo que decía yo hace dos siglos, que Roma con sus *reservas* y con sus *continuas* y *grandes exacciones*, había reducido la Iglesia á una deplorable situacion, *pro sustinendo statum curiœ et capitis* (1)? Pregunté á mis intérpretes quien era este clérigo, y me dijeron : Gerson.

Quien me hizo gracia, fué el obispo de Córdova don fray Domingo Pimentel, el cual saliendo al medio del corro,

(1) Por sostener el fausto de la curia y del papa.

dijo : « Horrenda cosa es pretender que « el príncipe de la Iglesia, se sustente de « dar por dinero en público recateo las « dispensas con causa ó sin ella. » Preguntáis, quién *suministrará alimentos* al papa y á su curia? Respondo, que « el estado temporal que posee el papa, es « mayor que el de cinco potentados..., y « que hacen agravio al poder de su santidad los que dicen, depende su sustento de la dataría, teniendo sobre « las rentas temporales de cinco potentados, otras tantas eclesiásticas de que « proveerse, y proveer á todos los que « sirven en la curia. »

Sin duda no habéis visto, dijo un francés, lo que acaba de escribir cierto profesor de un seminario nuestro, esto es, que el clero debe tener riquezas y honras *que no sean mezquinas*. No lo he

visto, contesté; pero estoy cierto de que si entrara Jesucristo en algunas iglesias y sacristías de la cristiandad, echaría á rodar las mesas que en ellas ha colocado la avaricia.—Al oir esto, se encogió de hombros, y se escabulló entre la gente.

Decidme, reverendos padres, preguntó un viejo piamontes: ¿cómo puede ser digna de la cabeza de la Iglesia una corte, donde, á confesion vuestra, se cometen tan lamentables abusos; donde se santifican máximas eversivas de la moral evangélica; donde se autoriza la *injusta política*, que como dice Polibio, es raiz de injusticias y crímenes; donde se tiene por conforme al espíritu de la religion aspirar á la *cumbre de la dignidad*, *del imperio* y de la *riqueza*?

Quísole esplicar Laínez el influjo de las *utilidades temporales* en los progre-

sos de la *religion*, y el modo cómo en Roma *ayuda y dispone la carne al espíritu.* Llenóse de ira el viejo, y le atajó diciendo : padre, padre, ¿no sabéis que tenía dicho el Salvador : *La carne de nada sirve, el espíritu es quien da vida?* y san Pablo : *No son de carne nuestras armas?* Otro apoyo tiene, y no el de Jesucristo y sus apóstoles, esa doctrina vuestra, de que « la corte universal de « la Iglesia puede considerarse segun la « carne, y que debe mantenérsele esta « prenda, porqué la carne ayuda y dis- « pone al ejercicio del espíritu.» Corte carnal, corte donde el ejercicio de la religion se supone auxiliado por las utilidades temporales, no puede corresponder á la Iglesia que llaman los apóstoles *cuerpo de Cristo*, sinó á la que forjaron otros socios de vuestra Compa-

ñía, esto es, á un *cuerpo puramente político*, gobernado con el *poder humano* que comunicó Dios al papa como *vicario* suyo.

Pero ¿negaréis vos, saltó Palavicini, que esta «corte universal remunera un « gran número de hombres doctos y bene- « méritos?» Si aludís, contestó el anciano, á la provision de obispados, y prelacías, y dignidades que se arrogó el papa en toda la Iglesia, yo, que sóy viejo, me acuerdo haberle oido, hablando de su tiempo, á Nicolas Clemángis: «De los « que ascienden hoy á la cumbre del « pontificado, hay algunos que ni aun « de paso han leido, oido ó aprendido « la sagrada Escritura; y que no la han « tocado sinó por el forro, siendo así « que juran saberla al tiempo de su con- « sagracion.» Vos decís, que son aquí

remunerados hombres doctos y beneméritos : y Clemángis dice que « son « promovidos á la dignidad episcopal « hombres indoctos é iliteratos. » He aquí el sentido en que es *carnal* esta corte. Porqué « *estos provistos* », dice Clemángis, « *aspiran á la ganancia, no de* « *las almas, sinó de las bolsas.* Esta es « la grangería que en todo indagan, la « que ansiosamente procuran : esta es « para ellos la piedad : en nada se ocupan « sinó en lo que puede conducir al au- « mento de su tesoro. » Y vos, padre Laínez, que os hallasteis en el concilio de Trento, ¿no oisteis lamentarse al embajador de Felipe II, don Martin de Gáztelu, de la ignorancia y de la inmoralidad de los obispos que enviaba allá el papa? No era yo paisano suyo como vos, y ménos confidente; y sin

embargo me mostró una carta en que le decía á su príncipe: «Las peores provi-« siones de obispos de todas, son las de « su santidad, porqué son hombres mo-« zos de poca edad, sin letras, ni el ejem-« plo y recogimiento que convendría; y « así lo son los efectos.»

Disgustado y aun asombrado de la frialdad con que se oían estas verdades, torcí la esquina, y al dar la vuelta por otra calle, tropezé con un grande edificio. Pregunté, que casa era aquella, y me contestó un abate: el lupanar que estableció Sisto IV. — Cómo os llamais? — Respondióme: Cornelio Agripa: «cada semana pagan las rameras al papa « un julio: tributo que algunos años pa-« sa de veinte mil ducados.» Y ¿toma ese dinero el gobierno pontificio? le pregunté. No solo lo toma, contestó, sinó

que «los próceres de la Iglesia cuentan « este precio de las barraganerías junto « con las rentas eclesiásticas. » Y de donde sabéis eso? le dije. De que *yo mismo*, respondió, «les he oido alguna vez echar « esas cuentas : aquel tiene dos benefi- « cios, uno curado de veinte escu- « dos de oro, otro prioral de cuarenta « escudos, y tres rameras en el bur- « del. »

Parecíame increible este escándalo, hasta que llamándome uno de los nueve prelados que espusieron á Paulo III los desórdenes de su corte, me dijo : á qué has venido á Roma? ya puedes volverte por el mismo camino. « En esta ciudad « andan las rameras por las calles como « matronas, ó son llevadas en mulas, á « las cuales siguen en el lleno del dia los « nobles familiares de los cardenales y

« los clérigos. En ninguna ciudad verás,
« ni hemos visto nosotros llegar á tan
« alto punto la corrupcion, porqué ha-
« bitan en casas soberbias. »

Dejóme aquel prelado, y al ir adelante, me atajó el jesuita Masdeu, que era grande amigo de mi familia, y me dijo: por mi voto no hubieras hecho tan largo viage. Crees hallar aquí la Jerusalen de los santos? Por la misericordia de Dios no faltan en Roma varones justos que no doblan la rodilla á los ídolos de la carne, de la avaricia y de la ambicion que en ella se adoran; mas esta « capital
« del reino cristiano se ha hecho con sus
« costumbres el reino de la concupis-
« cencia, el asiento de los placeres in-
« mundos, la patria de las meretrices...
» Retozan los ministros del santuario en
« los lechos de la deshonra: se doblan

« las varas de su justicia al imperio de la « fornicacion : las llaves de sus tesoros « y de sus gracias están en manos de las « adúlteras : los infames alcahuetes son « confidentes de sus prelados y de sus « príncipes eclesiásticos.... » Fué añadiendo á este cuadro tan negros colores, que ya no me cabía el aliento en el pecho : estuve para pedir á mis lazarillos que me sacasen de aquella Babilonia. Detúvome la curiosidad de saber que hedor era el que salía por las puertas y ventanas de una gran casa que había á mi mano izquierda. Esa es la Dataría, me dijo uno de mis socios: el tufo sale del dinero que se paga en ella por las bulas y por las dispensas y gracias apostólicas.

Y ¿no hemos de ver al papa, dije, dar la bendicion al pueblo en gran ceremonia? — Al momento me hallé ante el

palacio, y vi á Paulo II con su rica tiara que costó cinco mil marcos de plata. Miéntras echaba la bendicion, decía junto á mí un albañil: cédulas necesitábamos para que nos dieran rosquetes en las panaderías.—Concluido este acto, me llevaron á la publicacion de la indulgencia plenaria otorgada por Alejandro VI, para mostrar la alegría que le causó la nueva de haber sido quemado vivo en Florencia el zeloso dominico Savonarola. Dejóme atónito la ceremonia pública de besar los cardenales al papa la mano, y los obispos la rodilla. Mostrando yo á uno de los cortesanos la estrañeza que me causaba esta desigualdad, me dijo, que Benedicto XIII, instado por los obispos, quiso concederles el privilegio de que le besasen la mano; pero que los cardenales no con-

sintieron ser igualados en esto por los sucesores de los apóstoles.

En la capilla sistina noté, que á los lados del solio había dos leones teniendo en sus garras las armas dal papa. Díjele al *cicerone* que nos iba mostrando el palacio : leones aquí? mejor estarían estas armas sostenidas por ovejas. Sonrióse, mas no se dignó contestarme. En el lavatorio del juéves santo noté, que el papa besaba el pié á los apóstoles, y luego no se sentaba á la mesa con ellos. Ni en lo uno, dije, ni en lo otro, sigue su santidad el ejemplo de Jesucristo. Tampoco me edificó la multitud de castrados, que con una música afeminada y sensual, cantaron luego en las tinieblas á presencia del papa el salmo de la penitencia.

Lleváronme de allí á la tertulia de un

monseñor, donde concluido el refresco, se armó una contienda sobre si Clemente VIII, corrigiendo la edicion de la Vulgata hecha por Sisto V casi con dos mil variantes, había incurrido en la escomunion mayor fulminada por este papa contra los que publicasen otra Biblia, que no tuviese la suya por modelo. Tratóse luego de las reformas hechas en el Breviario romano; y nadie hablaba de la necesidad de purgarle de las fábulas insertas en él á espensas del impostor Isidoro. Teníase allí por doctrina inconcusa, que es esclusiva del papa la facultad de ordenar el oficio eclesiástico. Tratáronme de jansenista, porqué indiqué acerca de esto la indisputable autoridad de los obispos.

Pregunté á un abate, qué casta de pájaros eran los *cicerones*. Y me dijo,

que éste era uno de los ramos lucrativos de aquella corte: que son unos como lebreles, que andan á caza de estrangeros para chuparles el *cuatrini*: que suelen partir con los mayordomos ó conserges de los palacios, cuyas galerías de pinturas, ó gabinetes, ó museos dejan ver á los aficionados; y los mayordomos suelen entenderse con los señores. Contóme, en prueba de esto, que cierto cardenal exigía á su ayuda de cámara la mitad de las propinas de los que iban á ver su inmensa coleccion de pinturas; el cual doméstico era tan poco disimulado, que al que no le daba un grueso aguinaldo, solía decirle: poco me alcanzará, si no alargáis la bolsa.

Miéntras el abate me estaba divirtiendo con este chisme; con motivo de otro forastero que mostró deseo de ver al

dia siguiente la *Santa faz ó Verónica*, un docto abogado trató de desengañarle. Díjole que el encuentro que se suponía de la Verónica con el Salvador en la calle de amargura, apénas hay ya hombre cuerdo que no lo tenga por fábula. Declamó con este motivo contra la multitud de estos lienzos que se veneran en varios pueblos de la Iglesia cristiana, diciendo ser invenciones de la falsa piedad, que desdoran la religion. En cierta iglesia, dijo, muestran una *costilla de san Salvador*. ¿Hubo acaso otro Salvador mas que Jesucristo? Y Jesucristo al subir al cielo, ¿dejó en la tierra alguna costilla? Aquí tenemos un prepucio del Salvador, y otro hay en España. ¿No es esto hacer burla de la sagrada y digna persona de Jesucristo? Una sola cabeza tuvo san Juan Bautista, y dos se

veneran, una aquí, y otra en Amiens; y acaso habrá otra entre las cenizas del santo Precursor, que conserva la metropolitana de Génova. De santa Ana se veneran tambien dos cabezas, una en Lyon, y otra en Dura, ciudad de Alemania. Apóstoles, si los quisiésemos contar, hallaríamos mas de veinte y cuatro, aunqué no fueron sino doce, y de estos doce, uno no se halla, otro está en las Indias, y otro no le ve nadie, ni quieren que se vea. De los tres clavos, de que dice Eusebio haber estado pendiente el Señor en la cruz, echó uno santa Elena en el mar adriático, para amansar una tempestad; otro hizo hundir en el almete para su hijo Constantino, y del otro hizo un freno para su caballo. Y ahora hay uno aquí, y otros en Milan, en Colonia, en Paris, en Lyon, y acaso

en otras partes. De fragmentos de la santa cruz, si se juntasen todos los que se veneran en la cristiandad cortados del que tenemos en Roma, podrían cargarse algunas carretas. Dientes que mudaba el Salvador cuando era niño, solo los que se muestran en Francia, pasan de quinientos. De leche de nuestra Señora, ¿quién sabe lo que hay por ese mundo? cosa por cierto, no solo inverosímil, mas agena de la decencia, por no darle el nombre que se merece. En Aquisgran hay no sé que *calzas viejas*, que dicen haber sido de san José, y van las gentes á verlas como cosa del cielo. De cabellos de la Magdalena pudieran formarse muchas pelucas : de dientes de santa Apolonia llenarse muchos sacos. Las muelas de san Cristoval no tienen número : las hay entre ellas tan disformes, que cor-

responden á una cabeza de dos varas de diámetro. Por no hablar de la tierra donde apareció el ángel á los pastores, de las plumas del ala del arcángel san Gabriel, del huelgo del buey y la mula en el santo pesebre, de la cola del asno en que entró Cristo el domingo de palmas, del jubon de la Trinidad, y de otras cosas, que si no son forjadas por impíos, son efecto de estúpida ignorancia, ó de ciega supersticion.

Con la boca abierta estaba yo escuchando al buen jurista, cuando oí en la calle un grande alboroto. Salgo, y veo á la curia turbada con las proposiciones del clero frances, y á Antonio Arnaldo huyendo del capelo que le ofrecían, si se determinaba á impugnarlas. Pero tras este capelo andaban el general de los jesuitas Tirso González, Rocaberti y los

benedictinos Sfondrati y Aguirre: llevó la joya Aguirre. Coronaban esta fiesta seis carros cargados con los libros de estos ultramontanos, que acababa de comprar un polvorista para hacer cohetes.

No bien había pasado esta farsa, cuando se me presentó una cuadrilla de salteadores y asesinos por un lado, y el gobierno pontificio por otro, haciendo un solemne tratado, que los ponía á cubierto de todo procedimiento judicial contra sus crímenes. Admirándome yo de esta policía desconocida de las naciones cultas, me dijo uno de los ladrones: aguarda un poco, y nos verás provistos en empleos públicos. La lástima es que no estén aquí dos primos hermanos que andan con otros foragidos; aunqué allá en los montes, seguros están de que nadie los persiga.

Subo calle arriba, y al atravesar una plaza, vi dar 25 azotes en la espalda con vergajo al dueño de un café, por haber servido á un ingles huevos frescos y leche para desayunarse un dia de cuaresma. Acerquéme al paciente, y preguntando á uno de los espectadores, cual era su delito, me lo declaró, añadiendo, que esta justicia se hacía en virtud de un edicto del vicario general, el cardenal Aníbal de la Genga. Y teniéndolo yo por imposible, sacó del bolsillo el edicto impreso, y me le hizo leer, y era de 3 de marzo de 1821. Pues ese cardenal, le dije, ¿no es el papa reinante? El mismo Leon XII, me contestó. ¿Y es este, proseguí, el gobierno que deja impunes á los facinerosos?

Volví la espalda sin aguardar respuesta, y se me fueron los ojos á un soberbio

edificio teñido de sangre, y cubierto de instrumentos bélicos, que tenía sobre la puerta esta inscripcion : Fábrica de cruzadas. A la puerta encontré al historiador de los Templarios Nicolas Gurtler, el cual llamándome á parte, me dijo: los primeros cimientos de esta casa los echó Urbano II para enflaquecer el poderío de los reyes, que hacían frente á su dominacion temporal.—Volando, me entré á lo interior, y al recorer sus departamentos, fuí leyendo los letreros siguientes : *Cruzada de Hungría y Bohemia contra los tártaros.* — *Cruzada en favor de los caballeros teutónicos contra los paganos de la Livonia, de Prusia y de Curlandia.* Preguntéle al portero de este departamento : ¿qué daño han hecho á los caballeros teutónicos estos idólatras? Ninguno, contestó ; sinó que

quieren subyugarlos, y apoderarse de su pais. Decía otro rótulo: *Cruzada de Inglaterra contra los barones que no puede sujetar Enrique III.* Otro: *Cruzada en Francia y en Italia para quitar á la casa de Suavia el reino de Nápoles y Sicilia.* Mas adelante estaba la *Cruzada que publicó Urbano VI en Inglaterra contra la Francia.* Luego *la de Martino IV contra don Pedro III de Aragon, declarándole destronado, y dando su reino á Cárlos de Valois.* Al pié en una nota se hacía memoria de los que iban á esta cruzada provistos de piedras, y al dispararlas decían: *allá va una piedra contra don Pedro de Aragon, para ganar la indulgencia.*

Creía yo, le dije, al conserge de aquel edificio, que las *cruzadas* establecidas y predicadas por la corte de Roma, solo

se dirigian á recobrar la tierra santa de Palestina. Eso fué *in illo tempore*, me contestó: luego se ha estendido á mucho mas la munificencia apostólica. Hay cruzadas contra cruzadas: la cruz de Cristo hace sombra á los planes políticos de esta corte ó de sus devotos: repártense las indulgencias á manos llenas, no ménos á los que pelean contra cristianos, que contra idólatras, con tal que esta guerra sea conforme á los intereses de la Iglesia. A los de la curia, querréis decir, respondí; porqué la Iglesia no tiene interes en que haya guerra de ninguna especie, ni en que se promueva su causa derramando sangre.

Andaba por allí revoloteando un abate, y al oir mis últimas palabras, vuelto á mí con desenfado: ¿qué no sabéis, dijo, que hay guerras de religion? Lo

único que sé, le respondí, es que no debiera haberlas, y que ese título, ofensivo de la Iglesia, le han introducido en ella las pasiones. Tan *negro* serás tú como los de Angola, replicó el abate. Dime la verdad, hermano, le dije entónces con gran calma: esos títulos de *negros* y *blancos* ¿es regalo que nos habéis hecho vosotros? es *cruzada* pontificia la de nuestro *ejército de la fe*? se ha fundado aquí la *junta apostólica*? Ministros, ministros! gritó desaforadamente: llevad á la Inquisicion á este jacobino.— Un enjambre de ellos salió de aquellas cavernas: fueron á prenderme, y quedaron frescos, pues solo les dejé mi sombra.

Halléme entónces en trage de peregrino con mi bordon y mi calabaza, al pié de la coluna que se colocó al frente

de santa María la mayor, sacada de entre las ruinas del templo de la paz en el *Campo vaccino*. Había junto á ella un coro de diplomáticos de medio pelo, disputando sobre la *legitimidad*. Era tanto lo que desatinaban sobre el apoyo que tienen los reyes déspotas en la corte de Roma, que estuve tentado por dos veces de echarles, como dice nuestro vulgo, los monos. Para disimular mi espionage, tenía alzados los ojos hacia la imágen de nuestra Señora que está sobre la coluna. Bobo parece este romero, dijo uno de ellos entre dientes: cuanto va que es español. Y manchego, respondí yo; y aun hay en mi familia quien conoció á los nietos de Sancho Panza. Hízoles gracia mi desenfado, y metiéndome en su rueda, ¿qué piensas tú de la legitimidad? me dijo uno de

ellos. Lo contrario, contesté, de lo que piensa esta corte. Miráronme todos, como espantados. ¿Y sabes tú, me preguntó otro, como piensa esta corte? ¿Habéis prohibido, dije, las cartas del papa Hildebrando? Y ¿cómo habíamos de prohibir, contestó, las obras de un papa canonizado, á quien debe Roma su poder temporal sobre todo el mundo?— Y os gobernáis por ellas?— Qué regla de política mas segura?— Pues segun la política de ese papa, la *legitimidad* de los reyes no viene de Dios ni del pueblo, sinó del *diablo*. Porqué de ellos dice, que «agitándolos el diablo, « con ciega codicia y con intolerable te- « meridad osaron enseñorearse sobre « sus iguales.» Callaban todos, y proseguí : vosotros decís que os sirve de regla la política de Hildebrando. Hilde-

brando dice, que por agitacion del diablo dominan los reyes á sus súbditos: luego ha venido del infierno la legitimidad que reconoce esta corte en los príncipes. Enemigo sois de la silla apostólica, clamaron todos á una voz. El concilio de Trento me enseñó, dije con mucha sorna, quienes son los que soléis vosotros llamar enemigos. Llevémosle al santísimo padre, dijeron. Ningun cuidado me dió esta amenaza, porqué sabía que el papa es, como yo, jesuita de sotana corta; y en mostrándole mi escapulario, que es la contraseña de la congregacion, seríamos amigos. Mas sin embargo, dije para mí, ¿quién sabe lo que puede dar de sí la ira en este nuevo mundo? Y así cuando iban á echarme mano, apelé al recurso de hacerme invisible. Quedéme sin embargo entre ellos. Reíame de verlos tem-

blar como azogados. Del susto cayeron dos de espaldas en un lodazal; pusiéronse perdidos: á otro le dió un medio patatus. Decía uno: este es el demonio. Otro: no es sinó ángel: así hubiera un millar de estos en Roma, que hablasen la verdad; y no que esa turba de decretalistas y probabilistas lisonjeros nos pierde.

En esto vi salir á la plaza por la esquina del templo una multitud de obispos y teólogos, que iban corriendo hacia *Monte cavallo*. Venía en pos de ellos el embajador del concilio de Trento, don Francisco de Várgas. Acercóse al corro, y saludó por su nombre al que estaba hablando, llamándole amigo. A qué vienen estos á Roma? le preguntó el abate. Votaron, contestó Várgas, que era de derecho divino la residencia de

los obispos, y les ha entrado á unos tal *temor*, y á otros tal *ambicion de capelos*, que vienen á *desdecirse*. ¿Veis, dijo el abate vuelto á los demas, cuan cierto es lo que yo os decía? Y á Várgas: acaba de desaparecérsenos un espectro en trage de peregrino, que nos ha echado en cara con harta razon nuestro apego á las máximas de Hildebrando. A estos les digo, que es enviado de Dios para que nos abra los ojos y nos convierta. Duro está el alcacel para zampoñas, contestó Várgas. Allá nos ha ido al concilio una larga provision de estos «ingenios silvestres, engañadores y aduladores perpetuos del papa, que ninguna alma tienen, ni otro intento que su interes. Y así va todo, y la hacienda de Dios por el suelo.» Lo peor no es eso, prosiguió el abate, sinó que aquí

se fomentan los temores y las esperanzas de estos padres y teólogos del concilio; porqué ninguno de ellos esperaría ó temería, si no tuviese á la vista promesas ó amenazas.—Tentado estuve de presentarme otra vez en el corro para decirles lo que sobre ello tenía leido en las memorias de los obispos Ayala y González de Mendoza. Pero dije: Anton, guarda tu pellejo, no sea que á lo mejor te abandone la bruja, y des con tus huesos en los calabozos de la Inquisicion. Harto dijo Várgas de lo que deseaba yo añadir, que lo sabía y lo estaba tocando. Y prosiguió: ved, amigos mios, « si lleva talle de reformarse la Iglesia « en esta era, siendo esto lo que causa « tantos males y heregías, y pérdida de « tantos reinos y provincias. Triste cosa « es que no se atienda al verdadero re-

« medio *ob solam dominandi libidinem*(1):
« que parece que algunos no quieren sinó
« que se acabe todo con ellos. »

Predica, predica, decía yo para mí, que ya vendrá Pio VII, lamentándose de baber caido en *tiempos calamitosos y de grande humillacion para la esposa de Jesucristo*, en que al papa no le es *posible practicar, ni tiene medios de renovar las santas máximas* del destronamiento de los reyes. Mas ¿qué sucederá, cuando cesen los *tiempos calamitosos*, y vuelvan los prósperos? cuando sea posible lo que hoy es *imposible*? cuando estén á mano los *medios* que por ahora han desaparecido?

Dejélos enfrascados en esta inútil conversacion, porqué me alarmó el sonido

(1) Por solo el prurito de dominar.

de una trompeta. Llevóme el eco á una especie de feria, donde andaban de aquí para allí varios abates distribuyendo gran multitud de breves, al mismo tiempo que un pregonero estaba anunciando á todos los cristianos *urbis et orbis* (1), que acudiesen por dispensas matrimoniales *con causa ó sin causa.* Decía, que los que alegasen causa, serían despachados por ménos dinero; y los que no, debían suplir esta falta con el aumento de precio. Por dispensas de segundo grado le pedían á uno 1500 ducados; á otro 6000; á otros les iban subiendo el precio hasta 14000; y de plata doble puestos en Roma. Acerquéme á un fraile que estaba oyendo el pregon y observando este comercio, y le dije: padre,

(2) De Roma y del orbe.

¿no tiene mandado el concilio de Trento que se dispense siempre *con causa y gratis*? Miróme de mal gesto, y me contestó: y ¿no sabe el bachiller, que el papa es superior al concilio?

Había dos arrimados á una mesa llena de rescriptos, disputando con un abate armado de recado de escribir, sobre tanto será, mas tanto será. Son peras? le pregunté á uno de ellos. Es fruta de otro árbol, me contestó: son dos habilitaciones, una para que pueda ordenarse de sacerdote un hijo ilegítimo, y otra para que un canónigo pueda conservar tres beneficios pingües. Hízeme el roncero, y oí al abate que les decía: despachados estáis; pero no se enviarán al registro las suplicaciones, hasta que las hayáis redimido con la tasa. Otro tanto le dijo á un labrador que llegó á saber,

si estaba concedido un jubileo que había pedido para el dia del santo titular de su parroquia.

Contra una esquina estaba cabizbajo un clérigo provisto en un beneficio, por no tener el dinero que le pedían para la espedicion de sus bulas. Para salir de este apuro, muy á su pesar, cargó una pension sobre el tal beneficio, haciéndose tributario del que le hizo este préstamo. Díjome otro, que el suyo le había resignado, ó mas bien vendido, porqué era pobre, y no hallaba quien le anticipase dinero para las bulas.

A otra mesa, donde había igual tráfico sobre bulas de obispados, de coadjutorías, de pensiones y otras tales socaliñas, se acercó un truhan, y dijo á los concurrentes: ¿tambien sois vosotros de los simples que dan oro por plomo?

No había yo reparado en un tribunal que había en el testero de esta feria. Cuando lo eché de ver, y sentado en él un personage, pregunté, quién era. Nadie acertaba á decirme su nombre : solo un niño me insinuó como entre dientes, que era uno que allá en tiempos antiguos había tenido no sé que palabras con el apóstol san Pedro.

Desistí de esta pesquisa, por haber visto una porcion de feriantes que iban huyendo y atropellando la multitud, como si les fuera algun gran bien en salirse de aquella Babilonia. Por qué huir? le pregunté á uno de ellos. Somos aragoneses, me contestó, y acaba de llegar una órden de don Alfonso V, exhortándonos á salir de aquí, porqué ha llegado á su noticia que hay peste. — Entónces caí en la cuenta de que la tal peste era

la *simonía*, y que el que estaba sentado en el trono, era Simon mago. De donde huyen los aragoneses, dije yo, que son gente honrada, bien es que eche á correr tambien un manchego.

Al salir me dió un vientecillo fresco y vital que me volvió el alma al cuerpo: por donde conocí, cuan mortífero era el ambiente que respiraban en aquel mercado los compradores y vendedores. Suena de repente un vuelo general de campanas, voime al hilo de la gente hacia el palacio quirinal, donde había un inmenso concurso, y veo salir al balcon al papa Alejandro II, á dar al pueblo la plausible nueva de que don Sancho de Aragon y Navarra, *cediendo á los impulsos de la gracia*, y *al fuego del amor divino, se había convertido á la verdadera fe.* Causóme gran sorpresa este anun-

cio, y á un caballero romano que estaba junto á mí, le dije: ¿era judío ese rey, ó gentil, ó herege? No era sinó cristiano católico, me contestó. Pues ¿cómo asegura el papa, le repliqué, que se ha convertido á la fe verdadera? Y ¿cómo añade, que se debe esta conversion á los impulsos de la gracia, y al fuego del amor divino? Bien se conoce, respondió, que sois estrangero en nuestra corte. A este príncipe, recien casado con una infanta de Francia llamada Felicia, le ha inducido el cardenal Hugo Cándido á que reconozca el supremo dominio temporal de la santa sede. Y ¿es eso, dije, convertirse á la verdadera fe? Luego pertenece al depósito de vuestra fe lo que no pertenece al depósito de la fe católica. Y como este depósito de verdades reveladas forma la esencia de la

religion, cualquiera podrá echaros en cara que sois de otra Iglesia. Y ¿es por ventura triunfo de la religion el que un príncipe, incauto ó seducido por los agentes de vuestra corte, se abata hasta reconocerse feudatario ó vasallo del papa? Á las sugestiones de vuestra política terrena, ¿llamáis fuego del amor de Dios é impulsos de la gracia?

No había vuelto en mí del espanto que me causaron estas blasfemias, cuando asoma por una esquina otro legado de Aragon, llamado Reinerio, á dar cuenta á Urbano II, de que don Berengario, conde de Barcelona, le reconocía por su señor temporal, obligándose á pagarle un tributo de 25 libras de plata. Pero á este triunfo le echó un jarro de agua fria un arriero catalan que venía en pos de él, diciendo á alta voz, que

Berengario era un usurpador del condado, y traidor á su hermano don Ramon Berenguer III, y que para autorizar su atentado, apeló al arbitrio de reconocerse vasallo de la silla apostólica; y repetía muchas veces: injusta es é ilegal la aceptacion del nuncio á nombre del papa.

Con harta frialdad estuvo mirando este espectáculo aquella corte. Dióse por recompensada de su afrenta con ver al mismo don Ramon tributario de Pascual II, y á su hijo, feudatario de Adriano IV. Venían disputando tras estos condes don Alonso VII de Castilla y el conde de Portugal don Alonso, que acababa de tomar el título de rey. Quejábase el de Castilla de que le hubiese negado el feudo, sujetándose por medio del cardenal Guido al domi-

nio de los papas, Inocencio y Lucio II.

Corrióse el telon, y apareció en la escena Inocencio III, gloriándose de tener por tributarios á Juan rey de Inglaterra, á Alonso de Portugal y Pedro II de Aragon. Pero me hizo gracia ver á este príncipe coronado por el papa con una rosca de pan ázimo, preparada con astucia, para que no se la pusiese con los piés el pontífice, como lo había hecho en otras ocasiones. Muy larga parecía ser la sarta de comedias y entremeses de esta catadura que debían representarse en aquel teatro. Pero estaba yo tan fastidiado de ver á nombre de la religion puesta en ridículo la potestad temporal de los príncipes, y hollados los derechos de las naciones, que dije: basta, voime á otra parte con la música.

Y á donde fuí á parar? á un salon del

Vaticano, donde estaba preparada una gran mesa con todo el aparato de un banquete espléndido. Andaban por allí reyes y príncipes revueltos con cardenales, y prelados, y áulicos. No creo que pueda verse en el mundo político tan magestuoso espectáculo. Qué convite es este? le pregunté á uno que andaba colocando las piezas del ramillete.—¿Ignoras que ayer fué la coronacion de nuestro señor el papa, y que este es el banquete del ceremonial? — Suena una campanilla en la pieza inmediata: cúbrese la mesa de multitud y variedad de manjares: sale el papa de su gabinete; y despues de lavarse las manos, (á cuyo acto se hincaron de rodillas todos los legos) y de ocupar el primer asiento, fueron acomodándose los demas por el órden que les prescribía desde su es-

caño un monseñor, que debía de ser maestro de ceremonias. Tenía en la mano un libro ricamente encuadernado, y decía : el cardenal obispo N. á la derecha de su santidad; en segundo lugar el rey de N.; en pos del cardenal siguiente otro rey; y así vayan colocándose los demas alternativamente. Y añadió : el príncipe N., por ser primogénito y heredero del trono, tome asiento despues del primer cardenal presbítero. Los demas hijos y hermanos de reyes que no sirven á su santidad, se sentarán entre los cardenales diáconos ó detras de ellos.

Estaba yo atónito viendo degradada, á mi parecer, en aquel acto tan solemne la dignidad real. Indeliberadamente di una muestra de desagrado, y uno de aquellos monseñores, que debió de advertirlo, me dijo al oido: ¿no sabéis que

Pio II declaró á los cardenales semejantes á los reyes : *regum similes*? y que el órden de este convite está prescrito en el ceremonial romano? Hermano mio, prosiguió, en esta corte todo se hace en regla. ¿Es esta, repliqué alguna de las que dejó recomendadas san Pedro á sus sucesores? — Al oir esto, dió un grito desaforado : aquí se nos ha metido un herege.—Turbóse el respetable concurso : pusiéronse en pié los convidados. A la guardia, dijo un abate : este es, prosiguió el monseñor. Válgame mi bruja, dije yo entónces : y cuando fueron á echarme mano, se hallaron con mi sombra. Libre de aquel peligro, me hallé en un departamento colgado de raso blanco, donde estaba el papa sentado en el solio dando su bendicion apostólica, y llamando *amado hijo* al

supremo director de Chile, don Ramon Freire, y participándole, como á cabeza de aquella república, que su predecesor había enviado á ella un vicario apostólico, y que él acababa de confirmar todas sus facultades. Hallábase entónces vigente en España la ley constitucional. Llega de allí á poco la nueva de que había usurpado el rey otra vez el mando absoluto. Preséntanse los obispos de ambas Américas, y entre ellos los de Chile. Al verlos el papa, comenzó á lamentarse, como un Jeremías, del deplorable estado á que había reducido á aquellas repúblicas la zizaña de la rebelion, y á exhortarlos á que recomendasen la *sublime y sólida virtud* de Fernando VII, prometiéndose de su reconocimiento un feliz y pronto resultado. Noté que los lisonjeros que ántes ha-

bían aplaudido en el papa el reconocimiento de aquella república, aplaudieron igualmente esta exhortacion; y dije á uno de ellos : ¿por qué principios de sana moral y de derecho de gentes exhorta ahora el santo padre á estos obispos, á que trastornen en su pais el gobierno que acababa de reconocer como legítimo? Si hubieras leido, me contestó, las obras de Belarmino, no estuvieras en ayunas de nuestra política. Una de las reglas que nos dejó prescritas aquel gran teólogo, es, que la república espiritual, cuyo supremo gobernador es el papa, puede obligar á la república temporal á que varíe su administracion, y á que deponga sus príncipes y establezca otros, cuando lo exija el bien espiritual. —Y ¿por qué no hizo el papa esta exhortacion á los obispos de América, le

repliqué, cuando era Fernando VII rey constitucional? Desearía saber, ¿cómo es que este zelo para estimularlos á que promuevan la rebelion contra sus repúblicas, le guardó su santidad para cuando se hubiese sentado aquel rey en el trono despótico? Dime la verdad, hermano: ¿ha influido este gabinete en la ruina de la Constitucion española? porqué allá predican vuestras tropas auxiliares á cara descubierta, que es *santa* y *religiosa* esta guerra contra la ley fundamental del estado, porqué cede en beneficio espiritual de la Iglesia; y de esta república es el papa gobernador supremo. —Un color se le iba y otro se le venía al tal lisonjero; pero contestar? Dios lo dé. Otra pregunta voy á haceros, proseguí, y perdonadme la confianza: ¿le ha tenido cuenta á la república

espiritual, quiero decir, á vuestra corte, que el Portugal varíe de administracion, y prevalezcan los atentados de un usurpador á los derechos de la legítima reina? porqué yo veo que hay allá tambien apostólicos, y que los enemigos de la Constitucion dada por el emperador repiten las carnestolendas de España, presentándose con el disfraz y la máscara de la religion. Aun va otra pregunta: ¿ha ido allá tambien algun socorro del tesoro pontificio? porqué las remesas de escudos romanos hechas al nuevo apostolado de España, las tengo por tan verosímiles, como las de los francos del clero frances, y de las guineas del de Inglaterra y de Irlanda.

Mi falta de cautela hizo que se enterasen de aquella paulina seis personages de varios colores, que andaban revolo-

teando al rededor del augusto trono. Quién eres? me preguntó uno de ellos. Y la pregunta no fué lo peor, sinó que al mismo tiempo me asió del brazo por los morcillos, clavándome las uñas. Decía yo para mí: este debe de ser corchete en trage de cortesano: las invenciones y las estratagemas de la Roma moderna, quién las apura? Pero á un tahur un gitano; aquí de mi industria: jesuita de sotana corta, le respondí. — Mientes, dijo montado en cólera. — Poco á poco, reverendo en Cristo, le repliqué: esas son palabras mayores; aquí está mi escapulario. — Por mi buena suerte era el tal señor tan congregante como los otros cinco, y como el mismo papa. Al ver la contraseña de nuestro francmasonismo, me dió un abrazo y un par de besos en ambos carrillos; y tro-

cada la ira en mansedumbre; duélome, dijo, de que siendo por tu profesion defensor de esta santa sede, hables de ella con el desacato de sus émulos. Has visitado al P. Fórtis? Ando estos dias, dije, ocupado en la espedicion de unas bulas, y no he tenido vagar para presentarme á su reverendísima. Mañana, dijo, es buen dia, que va allá el papa á cantar la misa, por ser la fiesta de san Ignacio. Vente á mi palacio á las nueve de la mañana, y te llevaré en mi carroza. Hoy comerás conmigo, y te daré á probar el vino de Alicante que envía de regalo el buen Ostoloza á nuestros hermanos de Mont-rouge. Bendito escapulario! esclamé. Si como este viage es de contrabando, fuera de los que se hacen en regla el año santo, tenía ya hecha mi carrera. Pero si me detuviera

yo aquí un dia mas, ¿quién sabe como lo tomaría mi bendita bruja?

Muy mal, contestó.—Vuelvo los ojos, y la veo á mi lado. ¿Por dónde has venido, gran demonio? le pregunté. Por donde tú, me dijo: ¿piensas que te he dejado en toda la noche? las cuatro son ya de la mañana. Preciso me es volver á mi junta, á dar cuenta de esta espedicion. Si quieres que se repita la misma fiesta, allá me tienes mañana por la noche. La otra onza de oro déjala sobre la pared de tu corral, que no faltará quien vaya á recogerla. Al decir esto, desapareció de un soplo toda aquella farsa; y me hallé otra vez sentado en mi cama como si tal cosa. A ver ahora si os atreveréis, parlanchines incrédulos, á decir que no hay brujas!

FIN.

